

BOLSIBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

EL PLANETA DE LOS ARBOLES VIVIENTES

j. chandley

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

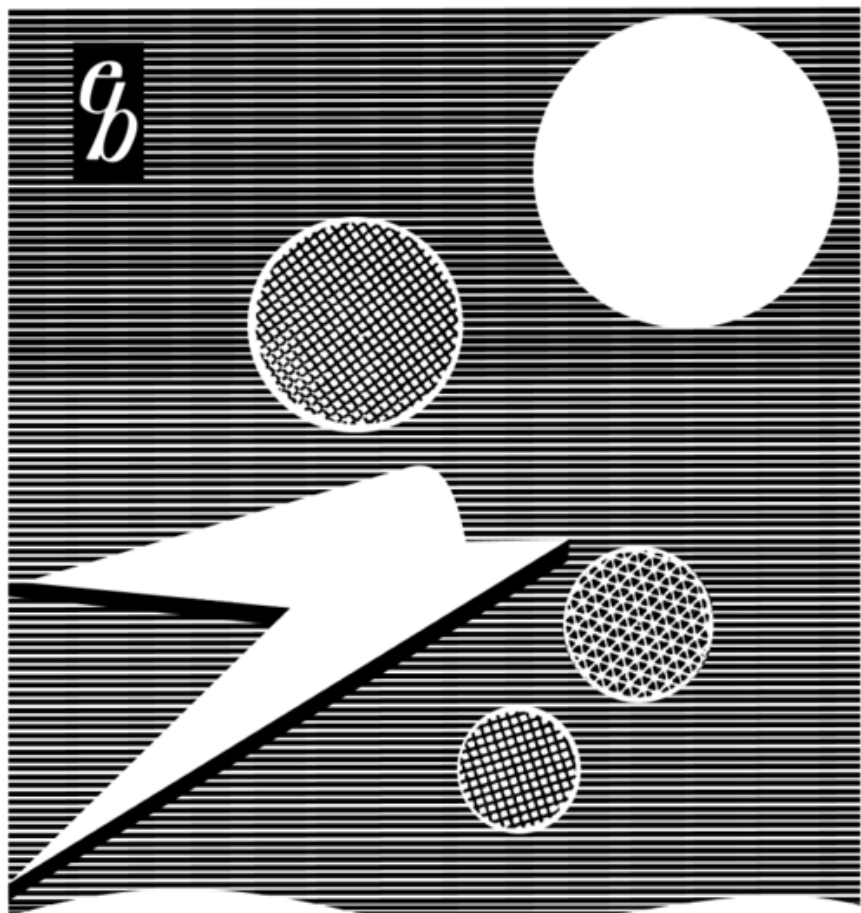
EL PLANETA DE LOS ARBOLES VIVIENTES

j.chandley

CIENCIA FICCION



cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

**YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE**

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.

J. CHANDLEY

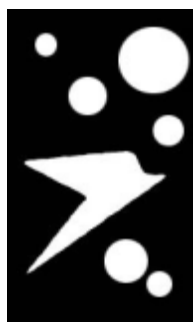
**EL PLANETA DE
LOS ARBOLES
VIVIENTES**

Colección

**LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º
176**

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 38.884-1913

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España- Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1973

© J. CHANDLEY -1973

texto

© JORGE NUÑEZ -1973

cubierta

Concedidos derechos
exclusivos a favor de
EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora
la Nueva, 2. Barcelona
(España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

171 — La fábrica, Marcus Sidéreo.

172 — Después del segundo diluvio, Glenn Parrish.

173 — Las montañas movedizas, J. Chandley.

174 — Mutación, Curtís Garland.

175 — Hombres, Glenn Parrish.

.

CAPÍTULO PRIMERO

La cosmonave Observer regresaba de uno de sus rutinarios viajes científicos, dedicados a un conocimiento más amplio del espacio infinito, así como el establecimiento de rutas, contacto con otros planetas y pactos de ayuda mutua.

De pronto notaron un brusco tirón, como si una garra invisible hubiera cazado la nave en el espacio.

Charles Cannon, el copiloto que en aquellos instantes tenía a su cargo el mando, trató de rectificar aquella salida de ruta prefijada.

El giroscopio no respondía y era evidente que sobre la astronave se ejercía una poderosa atracción.

No tuvo más remedio que llamar al comandante Walter Hilton, que estaba dedicado a su correspondiente descanso.

—¿Walter...?

—¿Qué pasa?

—Algo raro sucede. Nos desvían de la ruta.

—Acciona los impulsores y recupérala de nuevo.

—Ya lo he intentado, Walter, y sin resultado positivo.

—No, si al final me vas a fastidiar el descanso. Ahora voy.

Walter Hilton se dirigía hacia la cabina de mando todavía con la mente embotada por el sueño e interiormente maldiciendo aquella interrupción.

Estaba a punto de alcanzarla, cuando un nuevo brusco tirón le hizo perder el equilibrio, y de no asirse a un saliente, hubiera rodado por el piso de la nave.

Precipitadamente penetró en la cabina, increpando a Charles:

—¿Pero qué demonios haces? ¿Estás dormido?

—¡Qué más quisiera...! Aquí no responde nada y si vamos así no sé adónde iremos a parar.

El comandante de la nave, ya completamente despejado, tomó los mandos.

Intentó zafarse de aquella atracción y cuando parecía haberlo logrado y una sonrisa de suficiencia estaba a punto de florecer en sus labios, quedó abordada por una seca retención.

Los indicadores de navegación, comenzaron a moverse de una forma desordenada.

Ambos se miraron ante aquella anomalía, pero sólo les dio tiempo de sujetarse bien, puesto que la nave comenzó a dar brincos y bandazos como si se hallara en medio de un océano embravecido.

La alarma cundió en todo el personal de a bordo y gritos y chillidos se oían por doquier.

El comandante Hilton hacía todos los posibles para controlar la nave.

Sólo en la pantalla de rastreo aparecía de vez en cuando una masa, para luego esfumarse entre un campo de interferencias.

—Esto es el fin —comentó Charles.

—Déjate de lamentaciones y sujétate bien a los mandos y ayúdame. Están agarrotados.

En efecto, no había fuerza humana capaz de accionar los mandos independientes del sistema automático.

De la misma forma brusca con que se inició aquel "baile" desaforado en el espacio, volvió la calma y la estabilidad de la nave.

El comandante Walter Hilton se rascó la cabeza y expresó perplejo:

—Todo esto es muy raro...

—¿Qué crees haya podido originar esto?

—¡Yo qué sé...! Parece como si nos viéramos sumidos en una corriente llena de torbellinos, cosa de todo punto imposible por la inexistencia de aire en el espacio.

—Sin embargo...

No le dio tiempo a continuar porque en aquel momento hacía acto de presencia el doctor David Brodie, seguido de la biólogo Laurie Earl.

El doctor, les increpó:

—¿Os habéis vuelto locos agitando la nave de este modo como si fuera una batidora?

Laurie, de una belleza excepcional, morena y poseedora de un no menos escultural tipo, con la indignación reflejada en su precioso rostro, también emitió su repulsa :

—¿No os parece una broma muy pesada? Me habéis originado un desbarajuste en todos mis trabajos. ¡Con lo que me ha costado...!

Walter, socarronamente, contestó:

—Presento mis excusas ante las molestias causadas.

Confieso que me he sentido antropófago y he querido organizar un batido humano, sobre todo para saber de las delicias de cierta bióloga...

—Estás hecho un caníbal espacial, Walter —manifestó el doctor.

—No me negarás que sólo por Laurie valía la pena.

—Eres un vulgar majadero, comandante Walter Hilton.

—Pues a fe mía, que comparto los gustos del comandante —intervino Charles.

Laurie captó la indirecta y se puso roja de indignación y sólo dijo despreciativamente:

—¡Hombres...!

Walter, si no hubiera sido por la seria situación que estaban atravesando, le hubiera replicado a la joven despreciativa, así que revistiéndose de seriedad, manifestó :

—La verdad es que no sé a qué influencia estamos sometidos. Lo cierto es que nos han desviado de nuestra ruta y por más que hemos intentado recuperarla, no lo logramos. Es más, yo diría que están empeñados en convencernos que desistamos de ello.

—¿En qué te fundas?

—En que las veces que hemos estado a punto de conseguirlo, se ha producido un tirón de mayor intensidad y en el último ya has podido comprobar, doctor, de qué modo nos han zarandeado.

Laurie, altamente interesada, preguntó:

—¿Quieres decir que estamos sometidos a una influencia magnética?

—Pudiera ser. Lo que sí puedo afirmar es que una

fuerza, sea de la índole que fuere, nos arrastra hacia esa masa.

Terminó Walter señalando la pantalla en que aparecía una zona oscura y todavía lejana.

—¿Y no sabes si se trata de algún planeta? —inquirió el doctor.

—Pudiera ser, aunque ignoro cuál puede ser ya que nos han desviado enormemente del pasillo sideral habitualmente utilizado.

—O sea, que estamos atrapados y no nos queda más remedio que esperar a ver en qué concluye todo esto.

—Ni más ni menos, doctor.

A bordo, todo el mundo estaba pendiente de aquella masa que se divisaba a simple vista flotando en el espacio y hacia la que se dirigían a gran velocidad.

Era del dominio de todos que su comandante nada podía hacer para librarse de aquella fuerte atracción y la incertidumbre se apoderó de ellos.

Cuantas veces intentaron comunicarse con la Tierra, resultaron infructuosos sus esfuerzos.

Estaban completamente aislados en la tenebrosidad del espacio infinito.

Charles, tras comprobar la velocidad desarrollada por la astronave, manifestó alarmado:

—Walter, de seguir así nos vamos a estrellar irremisiblemente contra ese planeta o lo que sea.

—Trataremos de accionar los retropropulsores y para nuestro bien, esperemos tener éxito.

El doctor David Brodie se había ido para atender a unos contusionados y Laurie también hizo lo mismo para ordenar todo lo que había sido revuelto durante, el zarandeo de la nave.

Para ella su trabajo tenía un gran valor y no se inmutó ante el inminente peligro que corrían.

No obstante, a través de las escotillas, de vez en cuando, comprobaban la proximidad de aquel desconocido planeta.

Una orden general llegó a todos por boca del comandante :

—Cada uno que ocupe su asiento y accione los dispositivos neumáticos contra colisiones.

Todos obedecieron las indicaciones del jefe de la nave.

Estos asientos tenían una forma particular y al accionar un resorte el individuo quedaba encerrado en una mullida y consistente protección capaz de resistir los más duros impactos, librando a su ocupante de la más ligera magulladura.

Este sistema había librado a muchos cosmonautas de una muerte segura, aunque su nave quedara completamente destrozada. Cariñosamente lo habían bautizado como "el embalaje particular".

Walter dio esta orden al comprobar que se aproximaban a la capa envolvente de aquel planeta desconocido y, aunque la velocidad había disminuido, todavía era altamente peligrosa.

Accionó los retropropulsores y con satisfacción comprobó que éstos respondían a su mandato, por lo que el contacto con aquella atmósfera se hizo con suavidad.

No tuvo el mismo éxito al pretender accionar los mandos para dirigir la nave. Seguían agarrotados.

Walter comentó con Charles:

—Bueno..., al menos hemos conseguido algo.

—Si, ya veo. Seguimos todos enteros..., por el momento.

—Esperemos que ese momento se prolongue lo más posible.

Pasadas las primeras capas, ya se podía apreciar una superficie de un verde intenso, que se iba definiendo más a medida que iban descendiendo.

Gratamente comprobaron que aquel verde era debido a la vegetación que allí imperaba.

Walter efectuó una aproximación visual y en la pantalla apareció una zona de tupido bosque.

—¿Qué te parece esto, Charles?

—Sí que es una sorpresa, pero por ahora no se ve un lugar donde podamos aterrizar..., si es que nos dejan.

—Confío en que lo hallaremos.

—Tienes mucha seguridad. ¿Por qué?

—Por deducción. Si nos han traído hasta aquí, no será para dejarnos en el aire. ¿No te parece?

—Sí, desde luego.

Walter Hilton, no dejaba por un momento de tantear los mandos de la nave por si éstos respondían.

Comprobó que a medida que disminuía la altura que les separaba del suelo de aquel planeta, la nave iba recuperando su autonomía.

Intentó elevarse, pero pasada cierta altura, de nuevo quedaron bloqueados los mandos.

—Lo siento, Charles, pero no hay forma de escapar. Nos tienen bien atrapados.

—Ya he podido darme cuenta.

—No nos queda más remedio que resignamos a la suerte que nos espera.

La astronave, nuevamente bajo aquel control extraño, fue navegando hacia un determinado lugar y a poco divisaron en aquella inmensidad verde un claro.

Precisamente a ese claro fueron llevados, para posteriormente ir a posarse con toda suavidad.

CAPITULO II

Tras haber tomado tierra en aquel planeta extraño, el comandante de la astronave y su copiloto todavía permanecieron un rato en silencio observando cuanto les rodeaba.

Los árboles que habían a su alrededor eran corpulentos, de grueso tronco y tupido ramaje.

Pasado un tiempo prudencial, Walter dio la orden de que ya podían salir de los protectores y a poco acudieron a la cabina de mando el doctor y Laurie.

—Bueno, como veis hemos aterrizado sin novedad. ¿Qué opinas de esto, Laurie?

—Altamente interesante, Walter. Por lo que he podido apreciar es un planeta habitable y me he tomado la libertad de analizar su atmósfera, cuya presión y componentes son muy similares a los de la nuestra.

—Gracias, tú siempre tan eficiente adelantándote a los acontecimientos.

—No olvides que es parte de mi cometido.

—¡Ya, ya...! No olvido que tu corazón está entregado por completo a la ciencia.

—Es la única que me proporciona satisfacciones.

—¿Quieres decir con ello que los demás sólo te acarreamos

disgustos?

—Puede.

—Pues, doña sabihonda, no me explicó cómo te decidiste a venir con nosotros. En la Tierra también tienes mucho que estudiar.

—Me interesaba ampliar mis conocimientos sobre biología planetaria.

El doctor Brodie miró a Charles y le manifestó:

—Muchacho, tú y yo sobramos aquí. Hay discusión para rato. Creo que ganaremos si nos vamos a tomar un refrigerio. ¿No te parece?

—De acuerdo, doctor. En marcha.

Pero Walter les detuvo:

—Un momento. No va a haber tal discusión puesto que con ciertas inteligencias es inútil abordar un tema determinado, máxime cuando la ciencia absorbe sus sesos.

Laurie se picó y le replicó:

—Lo mismo tengo que decir de ti, comandante, aunque lamentando que no sea la ciencia precisamente lo que absorbe tus sesos.

El doctor insistió:

—Charles, vámonos. Esta pareja no deja de piropearse sin recato alguno y esto no está bien para nuestros castos oídos.

—Tienes razón, "doc". Nos van a pervertir.

—Y el caso es, lo que te he dicho otras veces. Charles, que no pueden vivir el uno sin el otro o la una sin el otro, para ser más concretos.

—Alto ahí, "doc" —saltó Laurie—. No hay que confundir una convivencia obligada...

—Es en lo único en que estoy de acuerdo contigo, Laurie —confirmó Walter.

Pero el doctor, haciendo caso omiso de sus palabras, manifestó dirigiéndose a Charles:

—¿Tú sabes lo que les pasa a esta pareja, muchacho?

—Lo ignoro.

—Que están afectados de amoritisocultum que traducido quiere decir: amor oculto.

—¡Ah! Eso tú sabrás. Eres tú el que tiene ojo clínico.

—Pues me parece que como siga diciendo sandeces, el ojo clínico se va a convertir en ojo a la funeraria.

Y ya está bien de charla. Hay que pensar en la situación en que nos encontramos.

Debido a los esfuerzos a que se sometieron los propulsores para librarse de aquella atracción que les llevó hasta allí, las baterías de la astronave necesitaban de una regeneración.

De ahí que Walter, tras verificar las comprobaciones de la bióloga Laurie Earl y tras previa conferencia mantenida con el doctor David Brodie y su ayudante copiloto Charles Cannon, decidió que salieran de la astronave.

—De permanecer en su interior, lo único que lograremos es gastar más las baterías. Es necesario que la acción de las células fotoeléctricas acumulen toda la carga necesaria.

El comandante, acompañado de unos hombres de su tripulación, fue el primero en salir para efectuar un reconocimiento de los alrededores.

En la nave quedaron los demás al mando de Charles Cannon y con todo dispuesto para el caso de tener que acudir en ayuda de su jefe y los demás componentes de la patrulla.

Todos a bordo permanecían en silencio pendientes de las evoluciones de los hombres que habían tomado tierra.

Al cabo de un buen rato, que se les antojó siglos, regresó Walter Hilton con la patrulla, diciéndoles:

—Podéis bajar todos.

Fue un alivio para los componentes de la tripulación y pasajeros adscritos a la misma, el poder pisar suelo firme y el tener un espacio más amplio que el limitado de la cosmonave.

—Charles, establece puestos de vigilancia para evitar posibles

sorpresas.

—De acuerdo.

Laurie inmediatamente se dedicó a la investigación, tomando notas y muestras de cuanto le interesaba.

Walter le advirtió:

—Laurie, no te vayas entusiasmando con tus cosas alejándote de aquí. ¿Comprendido?

—De acuerdo, "papaíto". Ya soy mayorcita para cuidarme.

—Laurie, no empecemos. Deja aparte nuestras diferencias y límitate a cumplir lo que te he dicho. No olvides que pesa sobre mí la responsabilidad de vuestras vidas.

Walter, cuando adquiría aquel tono de autoridad, imponía de veras por lo que Laurie le contestó escueta :

—Está bien, procuraré cumplir tus órdenes.

—No procurarás. Lo harás o de lo contrario te encierro en la nave.

Laurie le miró desafiante y Walter tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no abrazar a aquella linda muchacha y besar sus labios hasta ahogarla.

—Conforme, comandante. Sus órdenes serán cumplidas.

Y dando media vuelta se dedicó a su trabajo interrumpido.

El doctor le miró esbozando una sonrisita, pero se abstuvo de hacer comentarios, pues sabía que se exponía a algún exabrupto.

No es que el comandante tuviera mal genio, el doctor le conocía bien. Lo único que pasaba es que él, sin saberlo, estaba enamorado de la magnífica Laurie y a ésta quizá le ocurriera otro tanto.

Pero ambos se escudaban, el uno en su responsabilidad y la otra en su ciencia y los dos sin querer dar su brazo a torcer.

Pasados unos segundos, Walter dio media vuelta y se dirigió al interior de la nave.

Por lo visto no estaba en condiciones de contemplar la belleza del paraje, la exhuberante vegetación que les envolvía.

A través de la escotilla de su puesto de mando, le pareció ver algo que se movía en el límite del bosque que les circundaba.

Fijó su atención hacia aquel punto y por más que estuvo mirando, nada se veía que no fueran aquellos troncos de respetable diámetro.

Pensó que se trataría de una falsa apreciación suya y prosiguió en reseñar las incidencias en su diario de ruta.

En esto estaba cuando le interrumpió la presencia de Charles.

—Bueno, ya se han montado los puestos de vigilancia. Hasta el momento, esto parece un oasis de paz.

—Ahora lo has dicho, hasta el momento.

—¡Hombre...! ¿Es que temes algo?

—No sé, todo esto no lo encuentro normal.

—¡Bah...! No seas pesimista y lo que tienes que hacer es salir y tomaremos algo que llene nuestros estómagos.

—Anda, ve, que ahora salgo. Quiero terminar estas notas.

—De acuerdo. Allí te esperamos.

Al quedar solo, nuevamente tuvo la sensación de que algo se movía en el límite del bosque.

Levantó la cabeza con viveza y mantuvo la mirada fija y con el mismo resultado de la vez anterior. Allí no se movía nada, salvo el ligero balanceo del ramaje impulsado por un suave viento.

Sin embargo, tenía la sensación de que el paisaje que desde allí divisaba había cambiado y por más que se fijó, no podía dar con la diferencia.

Decidió no conceder la menor importancia a este hecho y mucho menos el comentarlo en presencia de los demás, así que una vez terminado su cometido se dirigió hacia el exterior de la nave.

Comenzaba a anochecer en aquellas latitudes y casi sin transición se encontraron de noche, pero imperaba una claridad a modo de crepúsculo.

La conversación era general, sin temas trascendentes, cuando todos pudieron percibir el sonido de una melodía muy dulce,

entremezclada con voces femeninas y risas.

En sí esto no tenía importancia, puesto que algún muchacho podía tener su radio conectada, pero lo que le llamó la atención al comandante fue el que dos o tres componentes de su tripulación se adentraron en el bosque y no les vio regresar.

Decidió esperar un rato más por si aparecían, pero viendo que un cuarto seguía el mismo camino de los tres anteriores, decidió averiguar el porqué de aquello.

Excusándose ante Laurie, el doctor y su copiloto, fue en pos del muchacho con la intención de alcanzarle.

A medida que se acercaba al bosque, la melodía era más perceptible al igual que las voces y risas de las chicas.

Tuvo que apretar sus pasos para no perder de vista al muchacho y detenerle en el mismo bosque:

—¡Eh, tú...! ¿Se puede saber adónde te diriges?

El muchacho se quedó sorprendido al verse descubierto sin saber qué contestar, para luego comenzar titubeante:

—Pues..., pues... quería saber de dónde viene esa música.

—¿No te has enterado de las órdenes que se han dado para que nadie se aleje?

—Sí, pero como tres de mis compañeros se han ido y todavía no han regresado, pienso que lo estarán pasando en grande y..., claro, quería tomar parte en la fiesta.

—Mal hecho. Imagina que se trata de una añagaza y no lo estén pasando tan bien como imaginas.

—Bueno, pero...

—No hay peros que valgan. Cuando se da una orden, hay que cumplirla por encima de todo. Así que vuelve adonde estabas y ya ajustaré las cuentas a esos tres.

—Señor, lamentaría que por mi causa...

—Puedes estar tranquilo. Al igual que a ti les he visto marchar y su tardanza empieza a preocuparme.

—¿Quiere que vaya a buscarles?

—Me estás resultando un pícaro de marca. Claro, de este modo te vas y de paso te juergueas también. ¿No es eso?

—No, señor. Le aseguro que lo he dicho con toda buena intención.

—Te creo, pero será mejor que hagas lo que te he dicho. Ya me ocuparé yo de ello.

El muchacho siguió al pie de la letra las indicaciones de su jefe, regresando al claro.

Walter, por su parte, investigó los dos puestos de vigilancia que habían en aquella parte.

Por allí no vio a ningún miembro de su tripulación por más que buscó.

Se fue al encuentro de Charles, al que encontró solo, puesto que Laurie y el doctor se habían retirado a descansar.

—¡Qué cara pones, Walter...! ¿Pasa algo?

Fueron las primeras palabras que dijo Charles nada más ver a su comandante.

—¿Dónde has emplazado los puestos de vigilancia en este sector? —inquirió Walter sin responder a su pregunta al tiempo que señalaba la zona que caía a su derecha.

—Pues allí y allí, a diez pasos cada uno —le respondió Charles indicándole los lugares.

—Termino de venir de esos puestos que me has señalado y puedo asegurarte que no hay nadie.

—Es imposible que hayan abandonado la guardia. Lo más probable es que les haya pasado algo.

—Ahí vamos y no solamente a ellos dos, sino a tres muchachos más.

Charles se quedó hecho de piedra y no pudo por más que preguntar:

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque ya hace rato que les he visto internarse en el bosque y ésta es la hora que no han aparecido.

—Voy a organizar una batida por los alrededores.

—manifestó Charles impulsivo, pero Walter le contuvo.

—Tú te vas a estar quietecito aquí. Es asunto de mi incumbencia. ¡Ah! Y no digas nada para no alarmar a los demás.

—Pero, Walter, deja que vaya yo.

—Que no. Te repito que es de mi incumbencia.

—Bueno, como dispongas.

—Eso ya está mejor. Tú te quedas a cargo del personal y que nadie se vaya de aquí por más melodías y risas que oigan.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Estabas tan absorto hablando con Laurie que ni siquiera te has enterado.

—Pero de qué. ¿Quieres decirlo de una vez?

—¿No has oído una música?

—Sí, la de un receptor.

—He podido comprobar que no se trata de un receptor, por lo menos de alguno nuestro.

—Entonces... ¿De quién?

—Es lo que hay que averiguar.

CAPITULO III

El comandante William Hilton, de entre los componentes de la tripulación, eligió a cuatro de su confianza y les expuso la cuestión, concluyendo:

—De modo que ya sabéis de lo que se trata. Es una misión enteramente voluntaria y a quien no le parezca bien, puede quedarse con entera libertad.

Ninguno de los cuatro se volvió atrás y convenientemente

armados, en silencio siguieron a su comandante.

Como medida de seguridad, ordenó a Charles que pernoctaran todos en la astronave, si bien se restringiera el uso de energía con la finalidad de tener la mayor reserva posible.

Así se conseguiría controlar a la tripulación y evitar nuevas desapariciones.

Walter se introdujo en el bosque por donde vio a los muchachos.

Ahora ya no se escuchaba música de ninguna clase, ni voces; sólo un impresionante silencio apenas roto por los sigilosos pasos de los componentes de la patrulla.

De pronto uno de los muchachos dio un grito y se llevó las manos al cuello con desesperación.

El comandante se volvió en redondo y vio con horror cómo aquel pobre infeliz pataleaba en el aire suspendido del cuello por una liana a modo de sogá.

Acudió en su auxilio y de un machetazo cortó la liana que le mantenía suspendido rodando ambos por el suelo.

Acto seguido sonaron unos silbidos y algo pasó rozando sus cuerpos.

Comprobó que sendas lianas se habían clavado muy cerca de donde ellos yacían.

Trató de reanimar al muchacho, pero éste yacía ya sin vida a consecuencia del tirón sufrido. Estaba desnucado.

Se volvió hacia los otros tres y éstos estaban materialmente maniatados por sendas lianas.

El comandante no lo dudó un momento y fue cercenando una a una e invariablemente a cada corte sonaba un silbido y una nueva liana pretendía enroscarse en ellos.

William no daba abasto, por más que cortaba aquellas ligaduras, eran reemplazadas por otras.

Les gritó a sus muchachos:

—¡Haced uso de los machetes...! ¡No os dejéis atrapar...!

Aquello era agotador, a duras penas se iban librando de las

ataduras y aquel espacio se iba llenando de más y más lianas imposibilitando sus movimientos.

Uno de los muchachos, gritó:

—¡No puedo más, comandante!

—¡No decaigas! ¡Sigue cortando...! ¡Voy en tu auxilio!

El brazo del comandante parecía un aspa de molino. Los silbidos se sucedían y de todas partes emergían aquellas lianas que como serpientes se enroscaban alrededor de ellos.

Los gritos de rabia y furor se fueron apagando y a las palabras de ánimo del comandante, ya nadie respondía.

Comprendió que estaba solo y que él no tardaría en correr la misma suerte de sus muchachos.

La desesperación le mantenía en todo su vigor y redobló sus esfuerzos.

En la semioscuridad le pareció descubrir un hueco en un tronco de un árbol próximo a él y a golpe de machete se abrió paso hacia allí.

Ya estaba a punto de alcanzarlo, cuando una liana hizo presa en su cuello, presionando más y más.

Falló el librarse de ella y notaba que iba desfalleciendo a consecuencia de aquel implacable estrangulamiento.

Volvió a intentarlo de nuevo y golpeó casi sin fuerzas notando que los ojos le iban a saltar de sus cuencas a consecuencia del ahogo.

Más bien por instinto de conservación, que por plena conciencia, hizo un supremo esfuerzo y consiguió librarse de aquel dogal de muerte, cayendo exhausto en el mismo hueco del árbol al que pretendía llegar.

Supo que iba a perder el sentido y su mente se llenó de brumas fantasmagóricas.

Ignoraba el tiempo que permaneció sin sentido, pero de lo que sí pudo darse cuenta es que estaba materialmente enredado en aquel hueco.

A través de los intersticios que quedaban, atisbó hacia el exterior en su afán de descubrir lo que había sido de sus muchachos.

Por allí no se veía a nadie, ni rastro de ellos, incluso aquellas enmarañadas lianas habían desaparecido.

Se dijo si todo había sido producto de una horrenda pesadilla, pero la evidencia la tenía ante él sin poder salir del lugar que ocupaba.

Forcejeó para librarse de aquel obstáculo y, aunque cimbrea, no cedía a su impulso.

Buscó el machete, dándose cuenta de que no lo tenía y no sólo eso, sino que seguramente, en el fragor de la lucha, perdió también su arma personal y el transmisor-receptor que llevó consigo para comunicarse con Charles.

A la dificultad de hallarse encerrado, se dio cuenta que se suscitó otra circunstancia que representaba un grave peligro.

Este era que los intersticios se iban cerrando y sospechó que pasando un determinado tiempo, aquello que ahora constituía como una reja, se convertiría en una tupida pared formando cuerpo con la misma corteza del árbol.

Su mente trabajó afanosamente. Se hallaba atrapado sin posibilidades de recibir ayuda exterior y por el proceso que llevaba aquel taponamiento, quedaría materialmente “enmaderado” en aquel tronco, con el correspondiente peligro de perecer por asfixia.

Una idea le vino a la mente y la puso inmediatamente en práctica.

Con las manos comenzó a cavar por debajo de aquella improvisada reja.

Por suerte para él, el terreno era algo blando y cedía a su esfuerzo.

Esto le animó redoblando sus esfuerzos y dudaba que un topo se diera tanta prisa como el en practicar una abertura en el suelo.

Los dedos le sangraban por el duro trabajo a que eran sometidos.

Pero Walter Hilton ni se daba cuenta de ello ni del dolor que pudiera producirle. Su afán era el librarse de aquel encierro y éste era el único medio.

El aire en aquella cavidad se enrarecía por momentos, el calor era sofocante, pero su tesón podía más que todo y el boquete se iba

ensanchando.

Esto le permitió respirar aire puro que alivió sus pulmones infundiéndole nuevos bríos.

Llegó un momento en que consideró que el espacio era suficiente para poder deslizarse.

Lo intentó y, aunque muy justo, por fin logró salir al espacio libre.

Se quedó un momento tenso por si se originaba algún nuevo ataque y al comprobar que nada anormal se producía, sus nervios se relajaron un poco y hasta se permitió un ligero descanso para reponerse de la fatiga.

Con tristeza pensó en sus muchachos desaparecidos y en un momento en que levantó la mirada, quedó petrificado.

Los cuerpos sin vida de los cuatro muchachos permanecían suspendidos de las copas y envueltos de lianas a modo de mortaja.

Una gran indignación se despertó en él ante aquel horrendo crimen y se hizo el propósito de no dejar sin castigo a los causantes de aquel atropello.

No supo si por señalar aquel lugar o por pura intuición, tapó el boquete por el que se había evadido, dejándolo de forma como si allí nada hubiera sucedido.

Dirigió una última mirada a los cuerpos de los que antes eran jóvenes, llenos de vida y elevó una muda plegaria.

Debido a las dimensiones enormes de aquellos tronaos, le era imposible trepar por ellos y además de ello, sus fuerzas estaban muy mermadas.

De golpe notó que la fatiga se apoderaba de él y el dolor se despertaba en sus maltrechas manos.

Con pasos cansinos comenzó a caminar hacia donde suponía que se hallaba la astronave con los demás.

Aunque tenía buen instinto de orientación, ya no sabía si iba bien encaminado, pues el dolor físico y más que éste, el dolor moral por la pérdida de sus muchachos, pesaba en gran manera sobre su ánimo impidiéndole en parte el razonar con lucidez.

No obstante, caminaba y caminaba. Le parecía que hacía un siglo que lo estaba haciendo e incluso llegó a temer que se había perdido en el bosque.

Tuvo que detenerse para concederse un descanso, pues las piernas se negaban a sostenerle.

Una vez recuperado, inició de nuevo la marcha caminando a trompicones.

Se dijo que evidentemente se había perdido y no cabía esperar la ayuda de Charles, puesto que él mismo le había dado la orden de que no abandonara la nave bajo ningún pretexto y que en caso de peligro inminente, se elevara sin esperar a ellos.

Por otra parte, tenía la sensación de que era vigilado y sus temores de sufrir otro ataque se iban haciendo mayores.

Debilitado, maltrecho y sin nada con que defenderse, los más negros presagios le invadían.

Pero se reponía inmediatamente y su fuerza de voluntad se imponía para seguir adelante.

De pronto se detuvo en seco. Ahora estaba seguro de haber divisado unas sombras no muy lejos de donde él se encontraba.

Se ocultó lo mejor que pudo y con el firme propósito de defender a toda costa su libertad.

Las sombras se iban acercando adonde él estaba. Lo hacían de forma sigilosa y únicamente un oído avezado como el del comandante podía oír sus amortiguadas pisadas.

Sus músculos estaban tensos, dispuestos a entrar en acción en el momento preciso.

La visión de sus muchachos sin vida, le hizo que se olvidara de sus dolores y fatiga.

Iban tres por lo menos y forzosamente, por el camino que llevaban, una de aquellas sombras pasaría por donde él se encontraba.

Le cabía la esperanza de que no le vieran, por eso no cambió de posición, puesto que de hacerlo él mismo se delataría.

No se equivocó en su apreciación. Solamente dos pasos les separaban..., uno...

El comandante disparó su brazo derecho y el puño cerrado se estrelló contra aquel cuerpo que exhaló un gemido, cayendo al suelo.

Otra sombra se aproximó al tiempo que preguntaba muy quedo:

—Joe, ¿qué pasa?

El comandante tuvo que contener su brazo en el aire porque había reconocido la voz. ¡Era la de Charles...!

El mismo comandante le contestó también con voz queda:

—Nada, que me he confundido y le he propinado un golpe.

—¡Walter...! Por fin...

—No levantes la voz y vámonos a la Observen Aprisa.

Se les unió el otro muchacho y entre Charles y el recién llegado, levantaron al caído tratando de reanimarlo.

El llamado Joe volvió pronto en sí y lo más rápidamente posible, emprendieron el regreso a la astronave.

Walter pudo apreciar que, en efecto, se había desorientado y de no ser por aquel casual encuentro, lo más probable es que se hubiera perdido.

Charles ardía en deseos de preguntar, pero comprendió que ante la actitud de su comandante lo más prudente era callar y seguir sus indicaciones.

Al poco rato llegaron a la astronave Observen.

Todo el mundo estaba de pie y dispuestos a entrar en acción.

Laurie, en un impulso sincero, dejando a un lado todas sus diferencias, se abrazó a Walter diciendo:

—¡Lo que me has hecho sufrir...!

Y al reparar en el aspecto lastimoso del comandante, inquirió:

—¿Pero qué ha pasado? ¿Cómo estás de esta forma...?

El doctor David Brodie que se apercibió de la fatiga y de las manos heridas de Walter, intervino:

—Un momento. Primero hay que curarle. Esto dará tiempo a que se reponga y luego nos contará lo que ha sucedido.

El comandante le agradeció en parte su intervención, pero por otro lado le maldijo por separarle de aquella gentil muchacha que por un momento abandonó su ciencia para mostrarse sencillamente como una deliciosa mujer.

Walter se dejó hacer y luego que sus manos fueron convenientemente tratadas, comenzó su triste e increíble relato.

CAPITULO IV

Quedaron sobrecogidos cuando el comandante terminó de referirles cuanto terminaba de acontecerle.

El doctor David Brodie fue el primero en romper el silencio que se había originado, al preguntar:

—¿Y no has visto a alguien que accionara esas liga auras o lianas?

—En absoluto, salvo algunas sombras y aun esto no puedo asegurarlo en concreto que pudieran pertenecer a seres humanos o algo parecido.

Charles, repuso:

—Pues cuando te encontramos, según has dicho, es taban vigilando tus pasos y por eso no nos entretuvimos.

—En efecto, pero repito que no puedo confirmar si se trataba precisamente de seres humanos.

—¿Y dices que las lianas eran lanzadas y bien dirigidas? —fue Laurie la que preguntó ahora.

—Asi ha sido, en efecto.

La joven quedó unos momentos meditando, siendo interrumpida por el mismo Walter.

—¿En qué piensas?

—En algo imposible. Si se trata de lianas, tal como dices, únicamente cabría una explicación.

—¿Cuál?

—Que fueran supersensibilizadas sus células y nervios... Pero como he dicho, esta activación es imposible.

No obstante, estas palabras de Laurie hicieron mucha mella en el comandante puesto que él, a fin de cuentas, había vivido el drama en toda su intensidad.

Mientras tanto, el día se había hecho en aquel planeta desconocido; y Walter, aunque con las , manos vendadas, expuso:

—Es necesario que vayamos a recuperar los cuerpos de los muchachos que componían la patrulla.

Charles manifestó:

—Tú quédate aquí y ya iré yo.

—De ninguna de las maneras. Conozco el lugar donde están situados y tú te quedas al mando de la Observer.

Y te advierto que en esta ocasión no pasaré por alto el que la abandones, aunque sea para socorrernos.

—Walter, no tuve más remedio que hacerlo. No respondías a mis llamadas y vuestra ausencia se prolongaba más de lo conveniente.

—De acuerdo, pero de ti dependían muchas vidas. Así que te quedarás aquí y de surgir algún peligro, te elevas. ¿Has comprendido bien?

Charles sabía que no había réplica alguna cuando Walter adquiría aquel tono de voz invistiéndose de su autoridad. Así que, aunque apesadumbrado, no tuvo más remedio que contestar:

—De acuerdo, como tú dispongas.

Laurie, temiendo en parte por Walter y acuciada por observar aquellas lianas "vivientes" decidió espontáneamente:

—Yo iré contigo. De este modo podré ver de cerca la causa de los trastornos originados y de paso traerme unas muestras para su estudio.

—Lo siento, pero tú te quedarás también. En cuanto a las muestras, ya te las traeremos.

—Pero Walter...

—No hay pero que valga. Lo que necesito son hombres para descolgar a aquellos infelices. Tu presencia únicamente constituiría un motivo más de preocupación.

Laurie se irguió, manifestando ofensiva:

—Por mí no tienes que preocuparte. Sé valerme por mí sola.

Walter esbozó una triste sonrisa, para replicarle a continuación:

—Eres muy audaz al hacer tal afirmación. Si hubieras estado allí, seguro que no te hubieras atrevido a pronunciar semejantes palabras.

El doctor intervino para ponerse de parte del comandante:

—Laurie, Walter tiene razón. Lo mejor es que te quedes y como lo que te interesa son las muestras, ya te las traerán para su estudio.

El doctor, al hacer alusión a las muestras, esbozó una significativa sonrisa que no pasó por alto a la muchacha que recogió la alusión a la que ella siempre había proclamado, el que la ciencia estaba ante todo.

Walter también se dio cuenta de ello, pero no se hallaba de humor para secundar al doctor y hacer rabiar un poco a la muchacha.

El comandante, acompañado por un grupo numeroso de su tripulación, se encaminó hacia el bosque camino del lugar donde se desarrollaron los acontecimientos tan nefastos.

Iban provistos de los pertrechos necesarios para poder trepar a los árboles, así como de afilados machetes, única arma contundente para defenderse de las lianas.

El trayecto lo hicieron sin ninguna novedad guiados siempre por el comandante.

Una vez llegaron allí, Walter les señaló los envoltorios que pendían en las copas de los árboles.

En silencio, los asignados, comenzaron a trepar por los gruesos troncos hasta llegar a aquellos fatídicos bultos.

Los maniataron convenientemente y utilizando una gruesa rama a modo de polea, fueron descendiendo uno a uno.

Una vez en el suelo, pretendieron abrir aquella consistente mortaja, que únicamente cedió a fuerza de machetazos.

La decepción fue enorme cuando Walter descubrió que su interior estaba vacío.

¡Los cuerpos de los muchachos habían desaparecido...!

Por más que buscaron por los alrededores, ningún rastro hallaron que les delatara adónde los habían llevado.

Inesperadamente, uno de los componentes de la expedición de rescate, dio un grito.

El comandante se volvió hacia donde procedía aquel grito y vio que el muchacho estaba atrapado por una liana.

Le gritó:

—¡Córtala...!

El muchacho, en un segundo quedó con los brazos inmovilizados y no pudo hacer uso del machete.

Los demás de su alrededor quedaron por un momento paralizados por el pánico y tuvo que ser el propio Walter quien cercenara aquella mortal ligadura.

Inmediatamente aquellos silbidos que tanto conocía, comenzaron a invadir el silencio que momentos antes imperaba.

Walter les indicó:

—Colocaros espalda contra espalda, de este modo la tendréis cubierta y os defenderéis mejor de las lianas. ¡Que nadie se separe...! Hay que ir caminando de esta forma hasta que lleguemos a la Observer. Es nuestra única salvación.

Obedecieron la indicación y comprobaron la acertada medida de su jefe, puesto que así formaban dos frentes y cuantas lianas pretendían enroscarse en sus cuerpos, eran cortadas de un tajo antes de que llegaran a ellos.

De esta forma fueron avanzando lentamente hacia la astronave sin dar descanso al brazo que sostenía el machete.

Divisaron ya el claro donde estaba la Observer y el comandante les gritó para infundirles ánimos:

—¡Resistir un poco más y llegamos a la nave...!

Uno de los muchachos, quizá por haberle invadido el pánico y considerar que su salvación la tenía al alcance de la mano, rompió la formación y echó a correr.

No daría más de tres pasos, cuando fue "cazado".

—¡Quietos todo el mundo! —ordenó el comandante.

Y éste, de un salto felino se plantificó al lado del impaciente joven y de un certero golpe le liberó de la ligadura.

—¡Aprisa, vuelve a tu sitio!

Protegido por el comandante y sin cesar de dar tajos, le dejó incorporado a la formación y él fue a ocupar la cabeza de la misma, indicando una vez la había alcanzado:

—Adelante y tal como vamos. Que nadie se impacienta, ya podéis comprobar que nuestra defensa es eficaz. Unidos alcanzaremos

nuestro propósito. Si nos separamos..., lo más seguro es que nos exterminen.

Verdaderamente estaban extenuados, pero la esperanza de llegar a la nave que constituía su única salvación, hacía que redoblaran sus esfuerzos.

El mismo comandante ya no se acordaba del dolor que pudiera sentir en sus lastimadas manos. Su primordial preocupación era que no se originaran bajas entre sus muchachos.

Por fin lograron alcanzar el claro donde estaba aparcada la astronave.

El comandante creyó que una vez allí dejarían de acosarles aquellas mortales lianas.

Pero se equivocó, pareció que redoblaban su ataque en un desesperado intento por evitar que se les escaparan.

Charles y los demás componentes de la tripulación que se hallaban a bordo de la Observer, vieron aparecer al comandante y a los muchachos en aquella extraña formación.

Pronto se dieron cuenta de lo que sucedía y sin pérdida de tiempo, Charles comenzó a disparar contra las copas de los árboles.

Pareció que de momento el ataque de las lianas se paralizó, pero acto seguido, las serpenteantes ligaduras comenzaron a cruzar el espacio y ser dirigidas contra aquel grupo de hombres.

Con desesperación, los de la nave, comprobaron que sus armas poco podían hacer contra aquello que salía lanzado de los árboles y únicamente los machetes eran el arma más eficaz.

No obstante, Charles no dejó de prestarles su apoyo con las armas de a bordo hasta que Walter, que fue el último en entrar, cerrara la escotilla.

Tanto Laurie, como el doctor y el mismo Charles, pudieron ver al natural aquel extraño fenómeno que les refirió Walter.

No podían dar crédito a cómo aquellas sinuosas lianas iban en busca de los hombres disparadas con fuerza por alguna mano invisible.

Walter se dejó caer agotado en un asiento y los demás le rodearon en espera de sus palabras.

Tras recobrase un poco, tan sólo dijo:

—Hemos fracasado en nuestro intento. Los cuerpos de los muchachos no estaban dentro de sus envolturas.

Guardaron silencio, pero no por mucho rato.

Todos pudieron darse cuenta de que iba oscureciendo y por el tiempo que estaban en aquel planeta, sabían que no podía tratarse de la noche.

Walter se levantó del asiento que ocupaba y se dirigió a la cabina de mando.

A través del amplio parabrisas, pudo comprobar a qué era debida aquella prematura oscuridad.

Las lianas se iban entrelazando y estaban formando una bóveda que iba cubriendo el claro donde estaba posada la Observer.

Iba a llamar a Charles, cuando al volverse se encontró con que Laurie, el doctor y su mismo ayudante estaban allí contemplando aquel tejer incesante.

—Es preciso que nos elevemos antes de que sea demasiado tarde.

Y acto seguido, por las comunicaciones interiores, transmitió:

—¡Atención todos! Vamos a elevarnos.

Charles ocupó su puesto y Walter conectó los impulsores.

La astronave se movió y se elevó unos metros, mas de esa altura no pasaba.

Charles pudo darse cuenta de ello y ante la cara de preocupación de su comandante, preguntó:

—¿Qué pasa, Walter? '

—Que los impulsores no desarrollan su potencia normal o que la barrera que se interpone es muy resistente.

—¿Quieres decir con eso que estamos atrapados?

Fue Laurie la que había hecho esta pregunta.

—En principio eso parece...

Se calló casi en seco al observar en el panel de indicadores que tenía ante él, que uno de los impulsores dejaba de funcionar y la nave se posaba de nuevo en el suelo.

—Charles, vete inmediatamente con los mecánicos y trata de subsanar la deficiencia del impulsor dorsal.

El ayudante salió inmediatamente de la cabina de mando, mientras Walter, por mediación del controlador electrónico, trataba de localizar la avería.

Dos de las cuatro toberas de que disponía cada impulsor, se habían obstruido.

Walter se levantó de su asiento y se dirigió hacia donde estaba situado el impulsor dorsal.

Al reunirse con Charles y los mecánicos que ya estaban revisando para localizar la avería, Walter les dijo:

—Hay que salir al exterior y desobstruir dos de las toberas del dorsal.

Fue Charles quien manifestó:

—Yo mismo lo haré.

El comandante se lo agradeció con la mirada, puesto que él bien poco hubiera podido hacer con las manos vendadas.

Se abrió la escotilla y antes de que pudiera salir Charles, una liana se estrelló contra la puerta entreabierta llegando al interior de la astronave.

Walter que la vio venir, tuvo que dar un empujón a Charles para que no le diera de lleno en su cuerpo e inmediatamente cerrar la escotilla a cuyo impulso cortó la misma liana que se había introducido.

Charles, una vez se repuso, dijo sencillamente:

—Gracias, Walter.

El comandante, haciendo caso omiso de sus palabras, expuso:

—Es una temeridad salir al exterior. Vamos a efectuar un nuevo intento y recoger este pedazo de liana para llevársela a Laurie. Ahora recuerdo que me pidió una muestra.

En silencio se dirigieron hacia la cabina de mando y al pasar frente al laboratorio y estancia de Laurie,

Charles le entregó lo que llevaba en la mano:

—Toma, de parte del comandante. Se trata de un trozo de esas lianas.

—Gracias. Creía que ya os habíais olvidado. El doctor y yo nos ocuparemos inmediatamente de su estudio.

CAPITULO V

El poco tiempo que había transcurrido en volver a la cabina de mando, el problema se había agravado.

La bóveda se había hecho más tupida y si en un principio no pudieron con ella, ahora las dificultades que se presentaban eran mucho más acentuadas.

—Esto se está poniendo feo, Charles.

—¿Y por qué no hacemos uso de los rayos fundidores?

—Sí, podríamos hacerlo, sólo que existe una pequeña dificultad... Debido a su poder calorífico, puede originarse un incendio y... ¿Te imaginas todo convertido en una hoguera y nosotros asándonos como vulgares salchichas?

Charles tuvo que reconocer que su comandante tenía toda la razón.

Walter conectó de nuevo los impulsores y lo que temió en un principio, se convirtió en realidad nefasta.

Si anteriormente intentó romper las lianas que eran menos

tupidas y no lo consiguió, ahora resultó más que imposible puesto que la bóveda se había hecho más tupida, mucho más consistente.

Por más que aceleró los impulsores, la fuerza de éstos era insuficiente para romper aquella barrera que se había interpuesto para impedirles que pudieran abandonar aquel lugar.

Todo el resto de la tripulación estaba pendiente del resultado de la maniobra y con pesar, comprobaron que fue infructuosa cuando la nave se posó en el suelo y los impulsores dejaron de funcionar.

El comandante, comunicó a su ayudante:

—Charles, no podemos salir. Estamos bien atrapados, salvo exponernos a emular a las salchichas, como te he dicho anteriormente.

—Pues francamente, es un panorama que no me hace la menor gracia.

—Como comprenderás, soy de tu misma opinión. Anda, intenta comunicarte con la Tierra para notificar el apuro por el que estamos pasando.

—Lo haré de nuevo, aunque te confesaré que por mi cuenta ya lo he efectuado en varias ocasiones y... sin resultado positivo.

En efecto, tal como había anunciado su ayudante, nadie contestaba a la llamada.

La situación se estaba complicando.

La bóveda de lianas iba aumentando en grosor y ya casi tocaba el techo de la Observer.

Entre la tripulación comenzó a suscitarse cierto malestar por determinados rumores que corrían entre ellos.

Un grupo, comentaba:

—Os aseguro que yo le he visto. Traté de atraparlo y se escabulló con toda rapidez.

—¿Y cómo es?

—No le vi bien, pero todo él tiene el aspecto como si fuera un tronco seco.

Los demás soltaron la carcajada y uno de ellos manifestó guasón:

—A ver si el que estaba dormido como un tronco eras solamente tú...

—Eso, eso... —casi corearon los demás.

—Estaba despierto y muy despierto —protestó molesto el que era objeto de las risas de sus compañeros.

—Pero hombre... Si era un tronco, ¿cómo diablos podía andar?

—¡Y yo que sé...! ¡Lo único que puedo deciros es que tenía forma humana!

—¡Bah... ! Tú, con eso de las lianas vivientes, ya ves hasta troncos andantes. Y que conste que esto último no es un nuevo ritmo musical.

—Si lo que insinúas es que son imaginaciones mías, estás en un error.

—Y bueno. Si estás tan seguro, ¿por qué no se lo dices al comandante?

—Pues... por temor a que se burle como vosotros.

—¿Lo ves...? De tener la certeza, no lo hubieras dudado un instante.

Y la cosa quedó así, pero en el interior de cada uno ya se suscitó la duda y el temor de que fuera cierto lo que había dicho su compañero.

Pero sus dudas se dispararon cuando oyeron un grito procedente de la estancia dedicada a dormitorio.

Un miembro de la tripulación se debatía desesperadamente en su lecho tratando de librarse de una ligadura que le atenazaba el cuello.

Quedaron paralizados ante aquel hecho insólito, puesto que las escotillas estaban todas bien cerradas y aquella ligadura no era más que un trozo de liana.

El comandante, seguido de su ayudante y del doctor hicieron acto de presencia en la estancia, pues hasta ellos llegó el grito.

Tuvo que increpar a los allí paralizados:

—Pero vosotros. ¿Qué hacéis que no ayudáis a vuestro

compañero?

Tuvo que ser el propio doctor y Charles quienes acudieran en auxilio de aquel pobre infeliz que se estaba ahogando, puesto que Walter bien poco podía hacer con sus manos lastimadas.

El muchacho, ya libre de aquella ligadura que le imposibilitaba la respiración, fue recobrando su normalidad.

Walter, le preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

Tras tragar una o dos veces saliva, contestó con voz un tanto enronquecida:

—No lo sé, comandante. Yo estaba durmiendo cuando me noté que algo ceñía mi cuello y al palpar y encontrarme con esa sogá, fue cuando grité. En el momento de hacerlo, apretaron más.

—Al decir que apretaron más, ¿insinúas que había más de uno?

—No, ya he dicho que no vi a nadie. Lo único que noté es eso, que se apretó más la sogá.

—Comprendido...

Luego de meditar unos momentos, se dirigió a todos en general:

—¿Alguien de vosotros ha dejado alguna escotilla abierta?

Todos negaron con la cabeza, por lo que continuó el comandante:

—Bien, de todos modos, hay que revisar la astronave por si involuntariamente ha quedado algo sin cerrar.

El muchacho que relató lo que había visto a los demás, estaba retorciéndose las manos en su indecisión de decir o no a su comandante lo que él presencié.

Walter se dio cuenta de ello y le preguntó:

—¿Te sucede algo, muchacho?

El aludido se puso todavía más nervioso y hasta colorado.

De soslayo miró a sus compañeros enterados de su relato y titubeante contestó:

—No..., no... Es que...

—Anda, dime lo que sea.

—Se burlarán de mí, señor.

—¿Por qué tenemos que hacerlo? Cualquier información puede resultar valiosa. Todos sabéis en qué situación estamos y cualquier indicio que nos ayude a descifrar el enigma será bien acogido.

Las palabras del comandante, animaron al muchacho, quien decidido, comenzó:

—Pues verá, señor... Lo que voy a exponerle ya se lo he dicho a esos... —y señaló al grupito de compañeros.

—¿De qué se trata?

—Ellos lo han tomado a guasa...

—Nada se debe de juzgar prematuramente. Así que puedes empezar.

Tanto el comandante, como el doctor y su ayudante escucharon con atención todo cuanto dijo el muchacho y en cuanto terminó, Walter le manifestó:

—Has aportado un dato importante y que pudiera ser la conseceuncia del ataque sufrido por tu compañero. De ahora en adelante, cada uno de vosotros tiene que estar con los ojos bien abiertos y cualquier indicio que descubráis, por insólito que os parezca, debéis de comunicármelo.

Estas palabras parecieron enorgullecer al tímido muchacho, y los demás afirmaron con la cabeza que cumplirían lo indicado por su comandante.

—¿Y dices que tenía el aspecto de un tronco seco?

—Sí, señor.

—Muchacho, esto es un dato muy importante y que los demás debéis de tener en cuenta.

El doctor Brodie, tras efectuar un nuevo reconocimiento al muchacho que había sufrido el atentado, manifestó:

—Bueno, afortunadamente no ha pasado de ser un susto y no tienes nada lesionado. No obstante, si notas algo raro, me lo dices en

seguida.

El comandante y su ayudante se habían ido ya y el doctor, con el trozo de liana en la mano, se dirigió hacia el laboratorio donde estaba Laurie en sus trabajos de investigación.

—Toma, aquí te traigo otra muestra. ¿Cómo va eso?

—Pues una nota característica de los tejidos que forman la liana, es su hipersensibilidad a cualquier excitante, como si se trataran de tejidos vivos.

—Mujer, cualquier tejido que se conserve en su medio ambiente es porque está vivo.

—Desde luego, pero he querido referirme a su enervación, propia de un ser animal y no vegetal.

—Bien, no hay que olvidar que existe el género de las nepentáceas o droseráceas, que su sensibilidad es muy acusada y que se les denomina plantas carnívoras.

—De acuerdo, pero este sistema nervioso es de desarrollo superior, de ahí su sensibilidad y contracción celular, por no atreverme a decir muscular.

—¡Vaya...! ¿Quieres decir que estas lianas poseen músculos?

—Casi lo afirmarí.

—En ese caso, habría que descubrir el centro que emitiera sus impulsos, que ordenara sus movimientos. En una palabra, su cerebro y eso..., creo que es más que imposible.

—Claro que es imposible, pero lo que sí es factible es que obedezcan a algún impulso, ya sea a consecuencia de un estimulante químico o eléctrico.

—Esto último, ya podría ser más posible.

—Le he estado dando vueltas a la cabeza y no encuentro otra posibilidad. De lo contrario, ¿cómo las lianas iban a la caza del hombre?

—No es el caso que iban, si no que van. Mira, este trozo de liana, se ha enroscado en el cuello de un muchacho de la tripulación mientras estaba durmiendo.

—¡Oh...! ¿Ha muerto?

—Afortunadamente hemos conseguido librarle de ella, de lo contrario es lo más probable que a estas horas hubiera dejado de existir.

—¿Y cómo ha sucedido?

El doctor la puso al corriente de lo acontecido, concluyendo:

—Me da la impresión que ese enmascarado "enemigo", ha invadido la misma astronave.

—¿Tú crees?

—Eso es lo que pienso, aunque nada he querido decirle a Walter.

En este preciso instante terminaba de entrar en el laboratorio el comandante y se encaró con el doctor:

—¿Qué tienes que decirme, David?

. —Pues que el enemigo lo tenemos en la misma Observer.

—¡Vaya, hombre...! No hay que ser muy avisado para llegar a esa conclusión.

—¿Y qué vamos a hacer, Walter?

—¿Pues qué tenemos que hacer, Laurie? Tratar de combatirle.

—¿Y con qué medios?

—No lo sé. Por primera providencia le he dicho a Charles que se efectúe un minucioso registro para dar con ese extraño ser que vio el muchacho o el medio por donde se filtran.

—¿Así que has dado crédito a lo dicho por él?

—En efecto. Os confesaré que en las dos salidas que he efectuado, estaba bajo la impresión de que eran vigilados nuestros movimientos.

—Pero..., ¿viste algo?

—No.

—Entonces, no puedes tener una confirmación categórica.

—Termino de decir que estaba bajo la impresión y estoy por asegurarte que no me equivoco.

Luego se pusieron a hablar sobre los descubrimientos de Laurie y sus teorías.

CAPITULO VI

El registro llevado a cabo en la astronave, bajo la dirección de Charles, no dio ningún resultado.

—Nada extraño se ha encontrado y materialmente la nave permanece herméticamente incomunicada con el exterior.

—Sin embargo, Charles, es evidente que se pretendió estrangular al muchacho y el otro dice que vio a un ser extraño.

—Pues ya te digo, nada hemos encontrado.

—Está bien. Lo mejor que podemos hacer es dedicarnos al descanso. Establece la correspondiente guardia y tú y yo nos dividiremos el turno. ¿Cuál prefieres...?

—Pues como ahora no tengo sueño, si te da igual, optaré por el primero.

—De acuerdo, Charles. Avísame de cualquier novedad.

—Así lo haré, Walter.

El comandante se fue a su alojamiento, pero permaneció mucho rato sin conciliar el sueño dándole vueltas a la situación en que se hallaban.

por fin, el cansancio le dominó y se sumió en un profundo sueño.

Charles, luego de ordenar las guardias con sus correspondientes relevos, se dirigió a la cabina de mando para cumplir su primer turno.

A bordo de la Observer todo era paz y tranquilidad durante aquellas primeras horas dedicadas al descanso.

Pero de detrás de una pila de cajas situadas en el almacén de aprovisionamiento, fue emergiendo con toda precaución una sombra que fue tomando forma humana.

Sigilosamente fue saliendo y de la misma forma abandonó la estancia para caminar por el pasillo.

Al torcer un recodo vio a uno de los muchachos que montaban guardia.

De seguir adelante, forzosamente le descubriría y lo más seguro es que diera la voz de alarma.

De una bolsa que llevaba consigo, extrajo un trozo de liana y luego de estrujarla, la lanzó con destreza.

Fue a enroscarse al cuello del que estaba de centinela y nada más tocarle se desplomó al suelo sin sentido.

Luego el extraño ser se aproximó y estuvo contemplando un rato al caído, transcurrido el cual desenroscó la liana y la introdujo de nuevo en la bolsa.

Como por encanto, el muchacho se levantó y siguió dócilmente a aquella figura humana que se dirigió al dormitorio donde descansaban los demás muchachos al servicio de la astronave.

Una vez allí, repitió la operación que había efectuado con el que estaba de centinela y sucesivamente fue lanzando trozos de liana que invariablemente se fueron enroscando en los cuellos de todos los que estaban descansando.

Dejó transcurrir un tiempo y una vez introdujo en la bolsa aquellos trozos recogidos de los respectivos cuellos, como si obedecieran a una orden conjunta, los muchachos se levantaron de sus lechos despiertos completamente.

En perfecta formación, sin hacer el menor ruido, siguieron a aquel que parecía haberse erigido en su capitán.

Todos en comitiva silenciosa, se dirigieron hacia la estancia que ocupaba la biólogo Laurie Earl.

Con facilidad aquel individuo abrió la puerta y se repitió lo que había sucedido con los muchachos.

La comitiva fue engrosada por la presencia de Laurie que se puso a andar como la cosa más natural y como si fuera una vieja conocida de aquel que marchaba al frente de ellos.

La visita inmediata fue a la cabina de mando, donde se encontraba Charles en su turno de guardia.

A una señal de quien les dirigía, todos se quedaron quietos y luego, dirigiéndose a Laurie le dio un trozo de liana que ella ocultó con las manos en la espalda.

Comenzó a caminar hacia la cabina de mando y Challes, al oír pasos, se volvió con violencia.

Al descubrir de quien se trataba, exclamó:

¡Ah! Eres tú... ¿Qué te pasa? ¿Es que no puedes dormir?

—No, me he despertado y he venido a verte.

A Charles le extrañó aquello, puesto que del establecimiento del turno de guardia únicamente estaban enterados Walter y él.

La muchacha se le fue aproximando con una de sus mejores sonrisas, diríase que insinuante y todo.

Esto contribuyó a que su turbación fuera en aumento y llegó a su punto culminante cuando Laurie se le abrazó y posó sus labios en los de él.

Notó a la perfección cómo ella se acoplaba a él y no pudo contenerse de abrazarla con frenesí, puesto que la tentación era demasiado fuerte.

Pero entonces ocurrió que Laurie le pasó la liana por el cuello, y acto seguido comenzó su función opresora.

Charles la miró extrañado y con una muda pregunta, puesto que ya no podía hablar, parecía inquirir el porqué de aquello.

Se soltó de la muchacha, quiso desasirse de aquella opresión que le impedía la respiración, pero no pudo y cayó al suelo desvanecido.

Laurie permaneció a su lado de pie, estática, completamente indiferente ante el caído.

A poco apareció el personaje que les dirigía y pasados unos segundos más, hizo la misma operación que efectuó con todos ellos y Charles, como saliendo de un sueño se levantó.

Se incorporaron al grupo de los demás tan extrañamente dominados y siempre precedidos por aquel ser, se encaminaron hacia la salida de la Observer.

Una vez en el exterior de la misma, la comitiva se encaminó hacia el bosque, se internó en el mismo y desapareció por sus

intrincadas veredas.

El subconsciente del comandante Walter Hilton, ya hacía rato que le estaba atormentando dándole a entender que pasaba ya tiempo de la hora del relevo.

Instintivamente abrió los ojos y comprobó su crono, para dar un salto acto seguido.

Abandonó con precipitación el lecho y se fue directamente hacia la cabina de mando y llamó antes de llegar a la misma:

—¡Charles, Charles...!

No obtuvo contestación y sospechó que el sueño le había vencido, cosa que le extrañó puesto que su ayudante era muy disciplinado.

Apresuró los pasos y al penetrar en donde se gobernaba la nave, se encontró que aquello estaba vacío.

Retrocedió unos pasos y ya en el pasillo, volvió a llamar:

—¡Charles...! ¿Dónde diablos te has metido...?

El más absoluto silencio fue la respuesta a su pregunta.

—¡Charles...! —repitió la llamada a más viva voz.

La única contestación que obtuvo, fue una pregunta, pero ésta procedía del doctor David Brodie:

—¿Se puede saber a qué viene este escándalo?

—Que Charles no está en su puesto, que tenía que relevarle y ya pasa mucho tiempo de cuando tuve que hacerlo.

—¿Y es preciso que armes tal algarabía despertando a los demás, Walter?

—Mira, David, déjate de bromas. Tengo la impresión que ha sucedido algo.

—Lo único que sucede es el humor de perros que te invade cuando despiertas.

—No es eso solamente...

Y a tiempo que manifestaba esto, se encaminó hacia el dormitorio del resto de la tripulación, haciéndole notar el doctor:

—Mira, David, no hay ningún muchacho de centinela y se establecieron las correspondientes guardias.

Ante la evidencia del hecho, el doctor comenzó a preocuparse y a tomar en serio al comandante.

De todos modos, se atrevió a insinuar:

—Bueno, quizá estén efectuando el relevo...

—Doctor, tú entenderás mucho de tus cosas, pero en lo concerniente a establecer una vigilancia no tienes la más ligera idea.

—Yo sólo quería decir...

—Nada. Agradezco tu buena intención, pero la realidad es otra.

Al doblar un recodo del pasillo se encontraron con que la puerta del alojamiento que servía de dormitorio a la tripulación, estaba abierta y allí, tampoco existía centinela alguno.

Impetuoso penetró allí y se encontró con que todas las literas estaban vacías.

Se volvió hacia el doctor, diciéndole:

—Mira, David, aquí tampoco hay nadie.

—Sí, que es raro... —comentó el doctor rascándose la cabeza.

—¿Raro...? Yo diría que rarísimo. Vayamos a la puerta de salida de la Observer.

Se encaminaron hacia allí y comprobaron que estaba completamente abierta.

—Lo imaginaba...

Comentó Walter con desaliento, a lo que repuso el doctor:

—Bueno, quizá haya sucedido algo y han tenido que salir en persecución de alguien.»

—No puede ser, David. Después de lo sucedido nadie se atrevería a salir al exterior aun contraviniendo la orden que di de que nadie en absoluto abandonara la nave.

—Pero, hombre, si ha surgido algo...

—Charles me hubiera avisado. Así lo convinimos de producirse

alguna anormalidad.

Ante los contundentes razonamientos del comandante, el doctor ya no supo qué contestar o argüir, para infundir una esperanza a los malos presentimientos de Walter.

Tan solo se le ocurrió:

—Vayamos a ver a Laurie. Le preguntaremos si ella ha oído algo. Ya sabes que cuando tiene algún asunto entre manos, si viene bien, no se acuesta en toda la noche.

—Es una buena idea. Vayamos hacia allá.

Al llegar comprobaron que la puerta también se hallaba abierta y Walter se precipitó a la estancia sin entretenerse en llamar por pura educación.

Allí no había nadie, su lecho estaba vacío también. Abrió con ímpetu la puerta de comunicación con el laboratorio.

Este permanecía deshabitado, sin rastro de la muchacha.

—También ha desaparecido... manifestó Walter con desaliento.

—Pero..., ¿cómo es posible un abandono masivo y nosotros sin enterarnos?

—Si lo supiera, David, puedo asegurarte que tendríamos mucho adelantado.

—Por otra parte —prosiguió el doctor como siguiendo el hilo de sus pensamientos—, no me explico por qué nos han dejado a ti y a mí.

—Este es uno de los razonamientos más sensatos que te he oído hasta ahora.

—Hombre, gracias por tu alabanza.

—No hay de qué, pero es una realidad. Y tú que has sugerido la idea, ¿a qué lo atribuyes?

El doctor, un poco molesto por la ironía del comandante, le contestó:

—Yo qué sé... Tú eres el más indicado en saberlo, puesto que yo sólo entiendo de mis cosas.

El comandante hasta esbozó una sonrisa, al manifestar:

—¡Vaya...! No has tardado en devolverme la pelota...

Ambos se dirigieron a la cabina de mando y Walter estuvo investigando el lugar por si hallaba algún indicio que le proporcionara una aclaración a lo sucedido.

—¿Se puede saber qué haces?

—Lo que pretendo es descubrir algo que nos pueda dar una pista y aquí no hay nada.

—Comprendo...

—Vamos a ver el dormitorio de los muchachos, de Laurie, de los puestos donde estaban apostados los centinelas y posteriormente decidiremos.

—Como quieras, Walter.

El único descubrimiento que hallaron fue que invariablemente, en cada lecho que ocupó un miembro de la tripulación, existían fragmentos de pequeñas raicillas.

Fueron recogiendo estos fragmentos, para dirigirse posteriormente al aposento de Laurie.

En su lecho también encontraron el mismo rastro y con las muestras recogidas, se encaminaron al laboratorio.

Fijaron aquellas raicillas en la platina del potente microscopio electrónico y en la pantalla aparecieron con idénticas características.

—¿Qué te parece esto, David?

—Que si es una coincidencia...

—Sospecho ya la causa de todo esto.

—¿Sí...?

—No cabe otra explicación.

—¿Pero cuál?

—Las lianas.

—¿Las lianas...?

—Ahora mismo te convencerás de mi teoría.

Cogió el trozo que Laurie tenía allí para su análisis

y lo depositó en la platina del microscopio para que quedara ampliado a muchos volúmenes en la pantalla.

—Fíjate en su superficie.

De dicha superficie partían gruesos bastones, en su ampliación, naturalmente.

—Ahora presta tu atención a una de las muestras que hemos recogido y establece comparación.

—Pues es verdad, coinciden en su estructura.

—Ahí tienes la causa.

—Pero, bueno...

—Sí, ya sé lo que vas a decir, pero yo me he visto envuelto en sus ataques, conozco su modo de actuar, de atrapar y de arrastrar incluso.

—¿Quieres decir que todos han sido arrastrados?

—De un modo o de otro, esta es la única explicación que cabe.

—¿Y qué piensas hacer?

—Lo único que cabe es ir en su busca.

—Bien, pues iremos. Pero... ¿no crees que resulta un tanto ingenuo el pretender hallar una aguja en un pajar?

—Si aludes al pajar por la espesura del bosque, te diré que un grupo tan numeroso habrá dejado sus huellas.

—Puede que tengas razón. Así que cuando quieras, nos vamos.

—No, David. Tú te quedarás. Sabes pilotar la nave y hacer uso de las armas de a bordo.

—No fastidies, Walter. Para poco me va a servir esto estando la Observer atrapada.

—De todos modos, te quedarás. No podemos abandonarla por completo.

—Me voy a consumir en esta soledad.

—Estaremos en continuo contacto por radio, y ya te cantaré alguna nana para que no te sientas solito.

—Pues con la mayor de las irrespetuosidades, papaíto, prefiero que te calles y conservar la integridad de mis membranas timpánicas.

—Está visto que por donde vaya uno, siempre se encuentra con desagradecidos y tú lo eres en grado superlativo, David.

—Pero es que hay favores que matan, Walter, y yo prefiero el silencio a tus berridos.

—De acuerdo, no insisto si esto te complace. Así quedamos en que tú te quedas aquí.

—Si no hay más remedio...

CAPITULO VII

Tras despedirse del doctor y desearle éste que tuviera suerte en su cometido, el comandante Walter Hilton, bien equipado, abandonó la astronave.

No se equivocó al suponer que habrían dejado sus huellas y se dispuso a seguirlas.

Se encaminaban hacia el bosque y por última vez, el doctor le vio internarse en la espesura del mismo.

Walter caminaba sigiloso atento a cualquier ruido que pudiera

delatar la presencia de alguien.

A su alrededor todo era silencio e incluso el follaje permanecía estático.

Llevaba un buen trecho siguiendo aquel visible rastro, cuando de nuevo le asaltó la sensación de que era vigilado en su solitario rastreo.

Por más que pretendió descubrir a sus vigilantes, no pudo de ninguna de las maneras debido a la semioscuridad que imperaba por la frondosidad del mismo bosque.

Su fino oído captó el crujido de una rama a su derecha.

Se volvió con rapidez llegando a descubrir una sombra que se ocultaba tras el tronco de un árbol.

Fue a rodearlo y alguien se le abalanzó a su espalda pretendiendo sujetarle los brazos.

El comandante, experto luchador, no tuvo más que encorvarse para voltear sobre su hombro y cabeza a aquel inesperado huésped que inmediatamente de caer al suelo, se levantó con gran agilidad.

Ante él tenía a un extraño, de piel arrugada de un color caoba, miembros flácidos y dedos más bien sarmentosos.

Como impulsado por un resorte, aquel ser arremetió contra el comandante dando su cabeza en pleno estómago, que hubiera bastado para dejar inconsciente a otro que no tuviera una preparación adecuada como Walter.

Sólo consiguió derribarle y ambos rodaron por el suelo.

Forcejearon, lucharon y hubo un momento en que el comandante creyó que había llegado su fin.

Aquellos dedos sarmentosos se engarfiaron en su cuello y le estaban cortando la respiración.

En un supremo esfuerzo golpeó con fuerza el mentón del ser oscuro que le estaba ahogando y se libró de aquellas garras de muerte.

En su corta lucha, pudo darse cuenta de la fuerza y dureza de la áspera piel de su asaltante.

Se separaron y se incorporaron a la vez, apareciendo en escena otro con las mismas características que su agresor.

Por un momento parecieron meditar la táctica a seguir en su ataque.

La aparición del otro dejó al comandante en medio de los dos, a su derecha e izquierda respectivamente.

Con la misma rapidez que actuara aquel primero, ambos se lanzaron como catapultados hacia Walter para pillarle en medio.

Este, al ver lo que se le venía encima, no tuvo más que dar un paso atrás y ayudar con ambas manos a que las cabezas confluyeran en vez de coincidir en su cuerpo.

Por el impulso que llevaban, el choque fue terrible y sonó un ruido como si dos bolas de madera tropezaran entre sí.

El efecto fue contundente. Pareció por un momento que quedaban suspendidos en el aire, para acto seguido caer de bruces con la pesadez del plomo.

No le dio tiempo al comandante de examinar a los caídos, puesto que dos sujetos más iban corriendo hacia él.

Al primero que llegó a su alcance le bastó con meterle la zancadilla para que se fuera rodando por el suelo y librarse del mismo momentáneamente.

Pero el segundo pudo atraparle y de nuevo sintió los sarmentosos dedos alrededor de su cuello.

Ya había experimentado las consecuencias de aquellas garras y no estaba dispuesto a sufrirlas por segunda vez.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, levantó la rodilla derecha hundiéndola en la boca del estómago de su atacante.

Los efectos fueron inmediatos. Soltó a su presa para llevarse las manos a la parte dolorida y caer al suelo encorvado.

Mas al que puso la zancadilla ya se había incorporado y le vio salir disparado hacia él con la cabeza hacia delante.

Por lo visto aquélla era su forma preferida de ataque y Walter ya les había tomado el pulso.

No tuvo más que ladearse un poco y con el canto de la mano asestarle un fuerte golpe en la nuca que le hizo caer de narices sin sentido.

En esta ocasión no sintió curiosidad por aquellos seres y aprovechó la circunstancia para proseguir en su plan trazado.

Reanudó su caminar por la senda que las pisadas habían formado y con la sana intención de poner terreno por medio y alejarse cuanto antes de sus atacantes.

Durante un buen trecho caminó sin que nada le inquietara y avanzó bastante, pero una sombra que divisó en la fracción de un segundo, le advirtió que de nuevo no iba solo.

Sus músculos se tensaron para repeler el ataque que pudiera producirse.

Lo que estaba claro es que pretendían apoderarse de él por encima de todo y para sí, se dijo:

"Pues están listos si creen que van a conseguirlo."

Hacía poco que se había formulado este firme propósito, cuando se vio rodeado, ya no sólo por dos, sino que eran cuatro.

No supo si se trataba de los mismos que había dejado fuera de combate. De lo que sí estaba seguro es que todos eran iguales o por lo menos muy parecidos.

Cautelosos se fueron acercando y Walter comprendió que si no iniciaba el ataque, pronto le pillarían en el centro.

Inició un movimiento como para arremeter al que tenía frente a él.

Los otros inmediatamente iniciaron la carrera para evitar que llegara a su compañero.

Esto era precisamente lo que esperaba el comandante, puesto que se volvió en redondo y el que recibió un formidable puñetazo fue el que iba a atacarle precisamente por la espalda que quedó fuera de combate.

Tan inesperada acción sorprendió a sus enemigos que por unos momentos quedaron desconcertados.

El desconcierto lo quiso aprovechar Walter para atacar al que tenía más cerca, al que agarró por la muñeca de su brazo y dándole la vuelta se lo llevó a la espalda y hacia arriba con toda su fuerza.

Los otros dos fueron a aproximarse para liberar al que tenía

cogido Walter, pero éste les retuvo, al decirles:

—¡Como deis un paso más, le rompo el brazo!

No supo si le entendieron o no, o fue la misma expresión de dolor del que había apresado o la firmeza de sus palabras.

Lo cierto es que se detuvieron en su avance y de este modo Walter fue retrocediendo hasta tomar una posición más ventajosa.

Vio algo en la cara de aquellos dos seres estacionados, que le hizo volverse con rapidez.

Su instinto no le engañó. A sus espaldas se le iban aproximando dos individuos más de aquellos, que al verse descubiertos iniciaron una veloz carrera hacia él.

Pero el comandante fue más ágil. Hizo girar en redondo a su esporádico prisionero y de un gran empujón lo lanzó hacia los que iban a por él.

El choque de los tres fue violento y hechos un lío rodaron por el suelo.

Reaccionaron los que se habían quedado quietos y también dio señales de vida aquel que derribó en un principio.

Los otros tres se estaban incorporando y Walter de una ojeada se hizo cargo de su delicada situación.

Recordaba que por aquella zona debía estar aquel lugar donde sufrió el ataque de las lianas e inmediatamente pensó en aquel hueco del árbol donde materialmente fue “emparedado”, y luego tuvo que cavar con las manos su salida.

No lo pensó dos veces e inició una veloz carrera hacia aquel lugar.

Sus perseguidores se entretuvieron unos segundos para ayudar a levantarse a los caídos y como perros de presa, iniciaron la búsqueda del comandante.

Divisó el árbol que buscaba. No se había equivocado en lo referente a la situación del mismo.

Iba a dirigirse hacia allí, cuando tuvo que ocultarse, puesto que dos de aquellos individuos u otros, pues ya se armaba un lío por el parecido de todos ellos, forzosamente le hubieran descubierto.

Donde se encontraba no estaba seguro, puesto que corría el peligro de que si los demás se acercaban a aquel lugar, a la fuerza tendrían que verle.

Menos mal que uno de ellos se alejó y la esperanza renació en Walter. El entenderse con uno, para él resultaba fácil.

Así que valiéndose de la protección de los troncos de los árboles, fue saltando de uno a uno sin hacer el menor ruido hasta tener a su alcance al que le impedía el paso.

Le aplicó un golpe maestro y el pobre infeliz quedó sin sentido, sin enterarse siquiera de quién le había atacado.

Inmediatamente se dirigió al árbol en cuestión, que fue taponado el hueco por las lianas.

Apartó el follaje que disimulaba la abertura que practicó para evadirse de aquella inesperada cárcel y que ahora iba a servirle de refugio.

Se introdujo en el hueco y una vez dentro, volvió a colocar el follaje de forma y manera que no quedara vestigio de que por allí había pasado un cuerpo humano.

Cuando terminó su cometido, respiró con tranquilidad. Estaba seguro de que allí no le encontrarían.

A través de las rendijas que dejaban las lianas, tenía bastante campo visual para poder observar lo que sucedía en el exterior.

Casi con pena vio a aquel ser que todavía seguía inconsciente, pero estaba tranquilo por saber que su golpe no era mortal, aunque, eso sí, de gran efectividad para dejar fuera de combate durante unos cuantos minutos a la constitución más fuerte.

Con satisfacción se auto felicitó por su feliz idea de acordarse de aquel dichoso tronco, aunque esto también le trajo a la mente la desaparición de sus muchachos.

Se dijo que no debía de pensar en hechos irreparables y sí en los que tenían una posible solución.

Monologó en silencio:

—Bueno, un descanso no me vendrá mal luego del ajetreo que he llevado. Esperaré un rato y cuando considere esto despejado, me comunicaré con David para saber cómo sigue y si hay alguna novedad.

A poco le pareció escuchar rumor de voces y de pasos. No se equivocó en su apreciación.

Primero aparecieron dos de aquellos seres seguidos por los demás y se fueron directamente hacia el que permanecía todavía sin sentido.

Contó un total de ocho, incluido el que estaba en el suelo. Hablaban muy bajo entre ellos y lo único que pudo apreciar fue un marcado siseo.

También gesticulaban entre ellos y le fue fácil comprender que el tema principal era él mismo.

Ayudaron a reaccionar a su compañero y luego le acosaron a preguntas.

Contestaba con gestos ambiguos y bien a las claras dio a entender que ignoraba lo que había sucedido y que por allí no había visto a nadie, aunque reiteradas veces se llevó la mano a la parte dolorida.

Tras mantener una conferencia entre ellos, seis de ellos, formando parejas, se fueron por lugares distintos y otro se quedó haciendo compañía al que golpeó últimamente el comandante que, por lo visto, no estaba repuesto del todo.

Esta circunstancia impidió a Walter que se comunicara con el doctor por temor a que fuera oído.

De los encuentros que había tenido con aquellos hombres, sacó dos conclusiones: que actuaban por parejas y que su forma preferida de ataque era con la cabeza.

También se explicó el porqué de no divisarles en otras ocasiones que tuvo la sensación de que le vigilaban. Ello era debido al color y rugosidades de su piel que se confundían, fácilmente con los troncos de los árboles.

Al cabo de un buen rato regresaron los que se habían ido y meneando la cabeza con desaliento a las preguntas de los que allí habían quedado.

Ahora hablaban un poco más fuerte y aunque no entendía bien lo que decían, si captó con toda claridad, en varias ocasiones, el Buen Neten y el Perverso Neten.

La conversación entre aquellos seres, se prolongaba más de la

cuenta y Walter se estaba lamentando por la forzada inactividad a que estaba sometido.

Pensaba en Laurie, Charles y sus muchachos, en lo que sería de ellos, y si ello no le hubiera acarreado riesgo alguno, muy gustoso hubiera disuelto aquella reunión que le impedía el poder actuar con entera libertad.

Puesto que no le quedaba más remedio, decidió revestirse de paciencia, aunque por su mente cruzó la posibilidad de aprovechar algún descuido de sus eventuales vecinos y salir de su guarida para proseguir en sus investigaciones.

CAPITULO VIII

Sus pensamientos fueron cortados por el sonido de un silbido ya hartamente conocido por él.

Inmediatamente se incorporó y miró al exterior, y no se equivocó al asociarlo con las lianas.

Vio cómo éstas comenzaron a actuar y lo que le extrañó fue ver que eran dirigidas contra aquellos hombres de color caoba.

Los allí reunidos mostraron síntomas de terror al verse sorprendidos por aquel ataque y el que más y el que menos trató de

hallar un lugar seguro.

Pero no por ello se libraron de ser alcanzados por la acción de las lianas que ahora no se enroscaban alrededor de sus cuerpos, sino que actuaban como látigos y los sonidos de los trallazos se sucedían.

El que tardó más en reaccionar fue el que derribó últimamente y que permaneció inconsciente más de la cuenta, puesto que el golpe que le aplicó no había para tanto.

Estaba acosado, tratando de librarse de aquellos implacables latigazos y sobre todo se cubría el rostro.

Por fin se levantó para buscar un lugar más seguro, pero fue alcanzado de lleno por una liana que tras su chasquido quedó desprendido un girón de piel del que trataba de ponerse a cubierto.

El comandante esperaba que de un momento a otro se desvaneciera a consecuencia del impacto recibido y del mismo dolor producido por aquel desgarro.

Con sorpresa se fijó que de allí no brotaba sangre alguna y que aquel colgajo no era piel, sino una vestimenta que recubría todo su cuerpo.

Esto le permitió ver una piel sonrosada y la forma de un hombre bien torneado.

El comandante no salía de su sorpresa. Primero fueron atacados aquellos hombres a los que consideraba sus enemigos y del bando de quien originara o mandara la actuación devastadora de las lianas.

En segundo lugar, aquellos extraños seres color caoba, que se confundían muy bien con los árboles, no era su propia piel lo que se veía en su parte exterior del cuerpo, sino su vestimenta.

Mientras tanto, en el atacado se originó otro desgarro que dejó al descubierto parte de la cadera y de su muslo.

Por las formas que quedaron ante sus ojos, una sospecha vino a añadirse. Por la suavidad de líneas aquel cuerpo parecía que fuera a pertenecer más bien a una mujer que a un hombre.

Su curiosidad se acentuó. Aquel ser, hombre o mujer, se debatía por librarse de la lluvia de golpes que se le venían encima.

Un nuevo latigazo arrastró otro pedazo de su vestimenta, dejando al descubierto parte del pecho en el que se apreciaba la

iniciación de un seno.

Entonces sus dudas se disiparon, ya no le cabía la menor duda de que se trataba de una mujer y entonces se explicó el porqué de permanecer tanto tiempo inconsciente a consecuencia del golpe que él le dio.

Los demás habían huido librándose con más o menos fortuna del ataque que se les había venido encima.

Pero aquella mujer estaba verdaderamente agobiada por tanto golpe, se levantaba y caía continuamente y de un momento a otro lo más seguro es que sucumbiera.

Walter Hilton, no lo pensó más. Acudiría en su auxilio, no podía permitir aquella salvajada.

Se deslizó por la abertura, apartó los ramajes y blandiendo su machete corrió hacia la infeliz muchacha.

Una liana pretendió alcanzarle y de un tajo la cercenó antes de que llegara a él.

Estaba a punto de coger a la muchacha, cuando varias lianas trataron de atraparle. Tuvo que blandir el machete en forma de molinete para librarse de sus propósitos.

Acto seguido cogió a la muchacha por un brazo y la levantó.

El rostro de aquel cuerpo de mujer, ahora lo pudo apreciar, también lo llevaba cubierto por aquella vestimenta y por lo tanto no eran sus rasgos los que quedaban a la vista, sino la mascarilla que lo ocultaba.

El ataque se recrudeció para impedir que le arrebataran la presa.

El brazo del comandante se movía con la rapidez de un rayo y cuando llegaba a su alcance era cortado desbaratando sus propósitos.

La muchacha cayó dos o tres veces y otras tantas la tuvo que levantar para llevarla consigo hacia el lugar que le sirvió de escondite.

Apartó con rapidez los arbustos que interceptaban la entrada y materialmente la embutió en aquel agujero que él mismo perforó.

Entretanto, los trallazos sonaron por doquier y el comandante multiplicaba sus esfuerzos para anular la acción de las lianas.

Una vez quedó el hueco libre y la muchacha a cubierto, con gran

agilidad se introdujo en el mismo, no sin antes recibir alguna que otra caricia de las lianas.

Al entrar en aquel reducido espacio, la muchacha se había desprendido de una especie de guanteletes y con sus manos finas y bien formadas, trataba de cubrir la parte de su cuerpo que quedó a la vista a consecuencia de las rasgaduras.

Se contemplaron sin pronunciar palabra y Walter pensó que si se había desprendido de aquellos guantes que afeaban sus manos y parte del brazo dándole un carácter sarmentoso a sus dedos, también podría hacer lo mismo con la careta.

Sea por la expresión del comandante o por intuir sus pensamientos, lo cierto es que la mujer tiró de la mascarilla brotando de su cabeza una abundante cabellera rubia y luego un rostro maravilloso del que más perfección no se podía pedir.

Walter quedó gratamente impresionado ante semejante belleza y la joven, complacida por la admiración despertada en su salvador o por simple agradecimiento, con una encantadora sonrisa, le manifestó:

—Gracias.

Como el comandante quedara sin habla ante la sorpresa de su belleza y a que se pronunciara en su mismo idioma, la joven rubia, siguió diciendo:

—Has demostrado mucho valor al acudir en mi auxilio, cuyo rasgo jamás olvidaré.

Y sin previo aviso posó sus tentadores labios en los del comandante y éste no tuvo que hacer grandes esfuerzos para corresponder a la caricia y hacer más, incluso abrazarla.

Un pensamiento le hizo reír para sus adentros y fue el tener abrazado un tronco con cabeza de mujer. Pero aquellas rugosidades le demostraron que eran blandas y se acoplaban perfectamente a las formas femeninas.

Luego, con un candor desconcertante, preguntó la joven:

—¿No es así como demostráis el agradecimiento entre vosotros?

Walter, sólo pudo balbucir, embargado por un cúmulo de emociones que se suscitaron en su interior al contacto de aquellos labios:

—Sí, sí..., claro...

—Me alegro de haber acertado.

Su voz era melodiosa, sus ojos azules muy expresivos y el comandante pensó fugazmente que si su cuerpo correspondía a la belleza de sus facciones, sería una maravilla de criatura.

Pero dejó aparte todo ello para volver a la realidad y excusarse:

—Perdona, si hubiera sabido que eras una mujer, no te hubiera golpeado tan fuerte.

—Desde luego que de poco me mandas a las nebulosas.

—Aparte del fenómeno físico, ¿a qué llamas nebulosas?

—Donde van a parar nuestros espíritus una vez se extingue nuestra existencia y desde allí velamos por la paz y prosperidad de nuestro planeta.

—¡Ah! Un paraíso o algo parecido.

—Sí, eso es.

—Y bien, ¿cómo te expresas en mi idioma?

—Nosotros dominamos todas las lenguas de los planetas habitados. Se nos imparte enseñanza de ello desde muy pequeños.

—No está mal... ¿Y por qué habéis pretendido atraparme?

—Para llevarte ante la presencia del Buen Neten.

—¿Quién es el Buen Neten?

—Lo que para vosotros viene a ser el Jefe de Estado, Presidente de la Nación...

—¡Ya...! ¿Y no habéis encontrado otro método más expeditivo que el utilizado por tus compinches? Porque estoy seguro que los demás que me han perseguido no son mujeres, ¿verdad?

—De todo hay, pero en esta ocasión has acertado. La única mujer en el grupo soy yo.

—Y a juzgar por el rostro, muy bonita por cierto.

—Gracias por tu halago, pero esto para nosotras es secundario.

—¿Y qué es lo principal?

—El servicio a nuestro planeta, a su paz y prosperidad.

—Dignos de encomio esos principios, pero la belleza no puede estar reñida con ellos. Por lo que dices y lo que veo, en ti se conjugan ambas cosas.

—Cuando se piensa en la belleza, el espíritu se altera y perjudica el cumplimiento de nuestros deberes.

—¿Materialista?

—Suená demasiado crudo. Yo más bien diría positivista.

—¿Incluyendo el amor?

—El amor es un sentimiento de debilidad que puede influir en decisiones posteriores.

—Yo más bien diría que de fortaleza.

—No estamos de acuerdo y yendo a lo práctico, mejor será que dejemos el tema.

—En esta ocasión te doy la razón, pero sólo en ésta. Volveremos sobre la cuestión.

—Conforme. ¿Decías...?

—Sobre vuestra táctica en perseguirme.

—Ah, ya... ¡Teníamos que proceder con cautela para que el Perverso Neten no se enterara!

—¿Qué tiene que ver con ello ese Perverso Neten?

—Mucho. Se trata del usurpador, el que tiene subyugado a nuestro planeta.

—Pero esto es una cuestión netamente vuestra. ¿Por qué nos han involucrado?

—Referente a tu primer razonamiento, te diré que también se hace extensivo a vosotros, puesto que el Perverso Neten tiene en proyecto hacer lo mismo con los demás planetas y principalmente el tuyo.

—¿Y por qué ha tenido que ser a nosotros y no a otros los que tuvieron que atrapar con su astronave?

—De todo ello te podrá dar razón nuestro Buen Neten. No estoy autorizada para ello, únicamente el rogarte que vengas con nosotros.

—Lo siento, pero ahora tengo otra ocupación más importante, que de no haber sido por vosotros ya hubiera aclarado.

—Lo dudo. Lo más seguro es que hubieras engrosado la lista de sus prisioneros.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo sé muchas cosas. Desde el momento que llegasteis se os está vigilando y desde tu actuación frente al ataque de las lianas, nuestro Buen Neten cifra en ti las esperanzas para que nos ayudes a liberarnos del Perverso Neten.

—Así..., ¿no tenéis nada que ver con la desaparición de mis hombres y el apresamiento de la Observer?

—Ni mucho menos. Ya Has visto con tus propios ojos, que también hemos sido atacados.

—Sí, pero podría constituir una añagaza.

—¿Llamas añagaza al estado en que has dejado mi protector y que de no ser por ti hubieran terminado conmigo?

Walter tuvo que rendirse a la evidencia al constatar las partes desnudas de la joven y que ahora estaban adornadas con moraduras en la zona golpeada.

No obstante, aún quiso saber:

—Deduzco por lo que has dicho que también va a la caza de vosotros y siendo de este modo, me pregunto: ¿Por qué podéis andar libremente por el bosque?

—Únicamente te diré que nos ha causado muchas bajas y el modo más eficaz de burlarle es el embutirnos en esta vestimenta que escapa a la captación de sus múltiples objetivos.

—Pues el ataque a que habéis estado sometidos, desdice tus palabras.

—Puedes tener la seguridad que no ha sido por habernos visto; ha sido por descuidarnos y levantar un poco más la voz en nuestra conversación y sus detectores nos han localizado poniendo en acción sus mandos a distancia.

—¿Cómo tenéis la certeza de no ser vistos?

—Por la razón que esta vestimenta contiene una sustancia especial por la que no emite irradiaciones fotógenas y por lo tanto la acción de los objetivos es completamente nula, incluso, en ocasiones, por un fenómeno de polarización, provocado a voluntad, escapa también la imagen al ojo humano.

—Comprendo... Ahora me explico el porqué en ocasiones os veía y en otras no, confundiendo vuestra imagen o presencia con árboles vivientes.

—Exacto. Por eso te he dicho que desde que llegasteis estáis bajo nuestra vigilancia y habrás observado que mientras hemos pretendido capturarte no se ha dicho una sola palabra.

—Sí, me ha llamado la atención eso. Otra cosa que no me explico. Si toda la tripulación y pasajeros a bordo de la astronave han desaparecido, ¿por qué nos han dejado al doctor y a mí?

—Eso te lo explicará el Buen Neten, si lo cree necesario. Lo único que puedo asegurarte es que con tu colaboración saldremos mutuamente beneficiados.

—Y entretanto, ¿qué será de mi gente?

—Confío en que llegaremos a tiempo de salvarles..., si accedes a la entrevista.

Walter la miró con cierto reproche, pero la verdad era que aquella hermosa joven le infundía confianza y como por otra parte no le quedaba más remedio, contestó:

—Está bien. Accedo.

CAPITULO IX

La muchacha misteriosa no pudo ocultar su satisfacción por haber convencido al comandante.

Afuera el ataque de las lianas había cesado.

La joven emitió un sonido tenue, pero penetrante y a poco se hallaban ante el escondite siete hombres con aquellas vestimentas especiales.

Uno de ellos llevaba consigo un bulto. La muchacha se colocó un guantelete que daba a su mano la forma arbórea, se introdujo por el hueco que servía de entrada y salida al refugio y entre los arbustos alargó el brazo.

El que llevaba el bulto, sin una palabra, se lo entregó y con el mismo en la mano volvió hacia el interior.

En voz baja, le comunicó:

—Aquí tienes una vestimenta idéntica a la nuestra. Tendrás que despojarte de tu uniforme y colocártela para tu seguridad personal y la de todos. Yo también me cambiaré el mío por uno en buen estado.

Como la cosa más natural, ella comenzó a despojarse del maltrecho vestido que la envolvía.

Entonces Walter pudo apreciar la perfección de aquel cuerpo, únicamente cubierto por dos piezas, que estaba muy acorde con los facciones de la bella rubia.

Tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no dejarse arrastrar por la atracción que emanaba de aquella escultural criatura y estrujarla en sus brazos.

Con una autodisciplina férrea, muy de acorde con su carácter, se volvió para no caer en la tentación y se preocupó de sustituir su uniforme por lo que le había entregado la chica.

Una vez hubo concluido, se volvió, preguntando:

—¿Qué tal...? Esto me viene a la medida.

—Pues francamente, me gustabas más con uniforme. En cuanto a que te sienta bien, en efecto, está hecho a tu medida.

—¡Vaya...! ¿Lo teníais todo planeado?

—En efecto, así es. Ahora dame tus ropas y tus cosas y lo envolveremos todo con el que yo llevaba.

Al entregarle el emisor-receptor, se acordó que había quedado con el doctor en enviarle sus noticias y manipuló para transmitir.

La joven de un manotazo se lo quitó y siempre en voz baja, le preguntó:

—¿Qué haces...? ¿Quieres que nos localicen y nos destruyan?

—Bueno, tengo que comunicarme con el doctor. Así quedamos.

—Pues si quieres enviarle algún mensaje, lo llevará uno de nuestros hombres. Es más seguro que hacer uso de las ondas.

—De acuerdo, como creas conveniente.

Walter escribió una nota que decía: “David, todo sigue bien, aunque todavía no los he localizado. No hagas uso de la radio. Si deseas decirme algo, entrégalo al mensajero. ¡Ah...! Y no te asustes de él, es amigo. Un abrazo”.

Una vez hubo terminado, salieron al exterior, primero la muchacha y luego él.

Al hacer acto de presencia Walter, los allí presentes se inclinaron respetuosos y el caso no era para menos, puesto que la mayoría fueron vapuleados por el propio comandante.

Uno de ellos se hizo cargo del paquete que llevaba la chica y ésta, escondiendo en su mano la nota que le entregara Walter, se la dio a uno de los que esperaban y en voz muy baja, le dijo:

—Lleva esto a la nave y entrégalo al doctor terrícola. Espera contestación.

El que recibiera la nota se la ocultó en seguida en la vestimenta y luego, haciendo un signo a modo de saludo, partió silencioso a cumplir su cometido.

Al frente de los seis hombres restantes, iban la muchacha y el comandante, todos ellos guiados por la joven.

La marcha se hacía silenciosa y las pisadas quedaban amortiguadas por el mullido del suelo y el calzado del que iban provistos.

Walter Hilton se fijó en que el camino que llevaban no era recto,

en ocasiones daban un rodeo cuando se podía acortar la distancia.

Estaba a punto de manifestar sus pensamientos, pero se calló, cayendo en la cuenta de que aquello sería para eludir la vigilancia y no correr el riesgo de ser descubiertos.

De vez en cuando miraba a su joven guía, y, desde luego, nadie diría que se encerraba tal belleza en aquella vestimenta que la envolvía.

Ya llevaban un buen trecho caminando, cuando la joven se paró ante dos descomunales árboles que destacaban por el grueso de sus troncos.

La muchacha manipuló en el más próximo y quedó al descubierto un hueco por el que se introdujo, invitando a Walter a que hiciera lo propio.

Ascendieron unos cuantos peldaños de una escalera de caracol para encontrarse con una plataforma, de la que partía una pasarela muy bien disimulada entre el ramaje, que comunicaba con el otro árbol separado unos diez metros.

Por allí se dirigió la joven y, por tanto, Walter y los demás hombres.

Al otro extremo se encontró con otra plataforma suficientemente amplia para albergar a los componentes de la silenciosa expedición.

Nada más llegar el último hombre a la plataforma, la pasarela se retiró, así como se cerró el hueco aéreo que se había originado en ambos árboles.

Descendieron por otra escalera similar a la primera y caminaron por un subterráneo profundamente iluminado.

Al torcer un recodo, el camino se hallaba interceptado por una pared.

La joven presionó en determinada parte y el muro se hizo a un lado quedando a la vista una nave submarina en dique seco.

Hacia este vehículo se dirigieron y todos ocuparon su interior a través de una escotilla lateral.

Después pudo comprobar que aquélla se trataba de un compartimiento estanco al ser invadido por las aguas.

La muchacha se había desprendido del casco-careta y su espléndida cabellera, así como sus bellas facciones, quedaron al descubierto.

Con una fascinante sonrisa, le indicó al comandante:

—Si lo deseas, puedes hacer lo mismo. Nos encontramos en zona de seguridad.

Walter no se hizo repetir la indicación, manifestando a continuación:

—Menos mal. Creía que iba a perder la facultad del habla. ¿Nos falta mucho por llegar?

—Muy poco.

La joven manejaba con soltura los mandos de la nave que ya se deslizaba entre aguas saliendo del compartimento hidráulico.

Le aclaró:

—Estamos atravesando el lago que ocupa el Perverso Neten, donde tiene su cuartel general. Luego nos introduciremos por un ramal para desembarcar en un lugar de la otra parte del río.

—¡Ah...! ¿Pero hay un río?

—Sí, discurre por el linde del bosque.

No tardaron mucho en introducirse en otro compartimento hidráulico y cuando las aguas fueron desalojadas abandonaron el submarino que los había transbordado.

—Por aquí —le indicó la joven.

Pasaron a una estancia contigua, después de quedar abierta una puerta hermética, ocupando una plataforma que quedó aislada por una campana transparente y ascendieron con rapidez.

Los seis hombres se encaminaron hacia otro lugar, no sin antes haber dejado el paquete que contenía las ropas del comandante.

A juzgar por el rato y velocidad con que ascendieron, Walter calculó que estaba a bastante profundidad el lugar donde desembarcaron.

La plataforma se detuvo a nivel del piso de una sala en forma circular, no muy grande, y acto seguido la campana protectora que les

envolvía, se retiró.

Casi al momento una joven morena, también con abundante cabellera y facciones agradables, ataviada con un ajustado y brillante traje de falda corta, hizo acto de presencia y se inclinó respetuosa ante ambos.

Tanto la muchacha que servía de guía al comandante, como éste, correspondieron con una ligera inclinación de cabeza al saludo.

La guía de Walter, indicó más bien que ordenó:

—Luxea, acompaña al comandante para que se cambie de indumentaria.

—De acuerdo, Luha.

De este modo, Walter Hilton se enteró del nombre de aquella belleza rubia y la verdad era que a él ni se le ocurrió preguntárselo.

La llamada Luxea amablemente le invitó:

—Por favor, ¿quieres seguirme?

—Con mucho gusto.

Se disponía a ir en pos de la nueva muchacha, cuando Luha le dijo:

—Pasaré a por ti, comandante.

—De acuerdo, Luha. Allí te esperaré impaciente.

A la joven rubia pareció complacerle que él hubiera retenido su nombre y sonriente desapareció en dirección opuesta a la que llevaba su nueva acompañante.

Subieron unos escalones que les condujo a una planta superior, escalera que desapareció nada más dejar el último peldaño y el hueco quedó obstruido por un panel que encajaba a la perfección con el resto de la pared.

Unos cuantos pasos y se pararon ante una puerta que, por su aspecto, parecía acorazada.

Acto seguido, al llegar a la misma, silenciosamente se abrió y Luxea, entregándole el paquete con sus ropas, le indicó:

—Entra y cámbiate.

—Gracias.

Confiadamente penetró en aquella estancia, que más bien parecía un refugio a prueba de explosiones, y solo franquear el espacio libre que dejó la puerta, ésta se cerró quedando completamente aislado.

Esto no le gustó mucho, e incluso se tachó de insensato por su ligereza. Con docilidad se había dejado encerrar.

Pero como se sentía incómodo con aquella facha, procedió a desprenderse de su apariencia arbórea y vestirse con sus ropas a las que estaba acostumbrado.

Al terminar de ajustarse el cinto con sus armas, la puerta se abrió y ante él apareció una figura de mujer maravillosa que le recordaba una beldad de las descritas en la mitología griega o romana.

La joven parecía regocijada ante la impresión que causó al comandante y éste no pudo por menos que manifestar:

—Verdaderamente es un crimen que ocultaras tu belleza en tan horrible atuendo. Luha, no tengo más remedio que rendirme a tus encantos.

Se acercó a ella y la cogió por ambas manos, contemplándola con embeleso.

Luha le miraba sonriente y halagada, aunque ella misma lo ignorara, por las palabras que el comandante pronunció en homenaje a su persona.

Sin ella saberlo, sus ojos azules, grandes como lagos de cristalinas aguas, fueron inconscientes descubridores de los anhelos que por su naturaleza permanecían alentados en ella ante la proximidad del sexo opuesto.

Las miradas quedaron fijas, atraídas por una fuerza poderosa.

La sonrisa de Luha desapareció, permaneciendo sus labios entreabiertos en espera de no sabía qué.

Walter se fue acercando sin que ella opusiera resistencia y sus labios se encontraron; vehementes por parte de él e indiferentes por parte de ella.

Pero luego pareció que la caricia resultaba de su agrado y correspondió tímidamente.

El contento que sintió, hizo acelerar las palpitaciones del corazón del comandante que, impulsivamente, rodeó con sus brazos aquel cuerpo maravilloso.

Luha, seguramente sorprendida gratamente por descubrir unas sensaciones desconocidas, recibía gustosa las caricias de aquel apuesto joven que se portaba de forma tan distinta a los que ella conocía.

Walter estaba perdiendo el control de sí mismo; la respiración era entrecortada, los besos se prodigaban en labios, mejillas, ojos, cuello y hombros de la joven. Sus cuerpos se fusionaban cada vez más...

El comandante tuvo que hacer un titánico esfuerzo para controlar sus impulsos y el sentimiento de su rectitud se impuso.

Con delicadeza se fue separando de ella, que le miró con extrañeza y le preguntó con una encantadora sencillez:

—¿Por qué no continuas...? Me gusta.

El sorprendido en este momento fue el propio Walter y en su mente brotó el recuerdo de Laude, tan diferente a la muchacha que tenía a su alcance.

Laurie resultaba fría, calculadora, sabía de las artimañas del coqueteo para mantener el fuego de la esperanza o rechazarla de plano.

Y en cuanto a hermosura, no había punto de comparación. Luha era muchísimo más atrayente.

Estos pensamientos pasaron rápidamente por su mente y con una sonrisa un tanto intencionada, para no manifestarle que aquello sería peligroso, le contestó:

—No hace mucho dijiste que el amor es un sentimiento de debilidad.

—¿Pero esto es amor?

—Bueno..., no exactamente. Esto es una atracción mutua que puede engendrar amor o destruirlo.

—¿Y qué es más bonito, la atracción o el amor?

—Ambas facetas a la vez.

—Soy positivista y me gustaría conocerlas.

—¿No temes que pueda influir en ti para decisiones posteriores?

—Sabré imponerme.

—Ten presente que el amor es renuncia y fortaleza.

—Un absurdo contrasentido. La renuncia es síntoma de debilidad.

—No es tal cuando redundo en bien de los demás...

Y hubiera querido añadir qué era lo que le estaba sucediendo a él en aquellos instantes.

En Luha pareció esfumarse su incipiente entusiasmo y dijo:

—Bueno, si te parece dejemos de discutir puesto que no llegaremos a un acuerdo.

—Como gustes.

—¿Vamos a ver al Buen Neten?

—De acuerdo.

CAPITULO X

El Buen Neten le recibió con vivas muestras de afecto, disculpándose:

—Siento el haber tenido que recurrir a estos extremos, comandante, pero comprenderás que no existía otro medio. Luha ya le habrá anticipado algo.

—En efecto, lo ha hecho, pero no del todo.

—Te adelantaré que nuestra supervivencia corre un peligro grave, pero no menos que la de vuestro planeta.

—También me ha dicho algo de eso Luha.

—Una mente privilegiada, desgraciadamente para el mal, se ha aprovechado de unos descubrimientos encaminados, en principio, para la proliferación arbórea a voluntad del género humano.

"Un exceso de dosis de uno de los productos y el someterlo a cierto proceso radiactivo ha conseguido hacer actuar a las lianas como si de seres vivientes se tratara, obedientes a sus mandatos.

"Primero logró una repoblación exhaustiva; más tarde, las lianas que convertía en raíces, se le ocurrió emplearlas contra quienes contradecían sus órdenes y de ahí comenzó a concebir su malévolos plan.

"Cada día sus exigencias e impertinencias eran mayores. Unos con promesas y otros por terror, fueron sometidos a sus caprichos. Los tiene dominados bajo amenazas que lleva a efecto, incluso a aquellos que fueron a él por propia voluntad. Sólo tiene una ley, al que no se somete lo elimina.

El comandante Walter Hilton escuchaba con atención a aquel venerable anciano y otro tanto hacía Luha.

Prosiguió:

—Asesinó a mi hijo, padre de Luha, para usurparle el poder que yo le legué y desde entonces gobierna a su manera, con muertes, libertinajes y todas las fechorías y ambiciones que puedan anidar en un perverso corazón y enfermiza mentalidad.

"Un grupo de leales se unieron a mí y nos instalarnos en esta región que resulta inexpugnable por las defensas que hemos instalado.

"Cuántas veces ha pretendido destruirnos, ha fracasado, dejándonos por imposible con la creencia que desde aquí no podemos causarle molestias por no poder salir.

"Pero la verdad es que salimos, que el número de leales a nuestra causa aumenta, que tratamos de mitigar los sufrimientos de nuestro pueblo, que le controlamos estando enterados de sus planes, más en la mayoría de los casos no podemos desbaratárselos...

Al Buen Neten se le notaba la pena reflejada en sus ojos, que, por cierto, también eran azules como los de su nieta, detalle que descubrió Walter al saber el parentesco que les unía.

Continuó el anciano con su bondadosa voz:

—Supimos de vuestra captura efectuada por ese malvado. Pero media una grave particularidad que seguramente ignoras.

—¿Cuál es? —inquirió vivamente interesado.

—Que el arrastraros hasta nuestro planeta ha sido en colaboración de alguien que llevabas a bordo de la Observer.

La sorpresa fue mayúscula para el comandante que preguntó incrédulo:

—¿Qué...?

—Lo que has oído. Gracias a que esa persona se prestó a colocar un controlador a bordo para que anulara la autonomía de vuestra nave, es por lo que estáis aquí.

—Pero no puede ser... Todos son de mí entera confianza. ¿Quién es?

—Desgraciadamente, no lo sabemos.

La duda se reflejó en el rostro de Walter, circunstancia que captó al momento el Buen Neten, quien le manifestó:

—No me atrevería a lanzar una acusación de esta índole, sin hallarme plenamente seguro de su veracidad.

La serenidad con que fueron pronunciadas estas palabras y el recordar que, en efecto, la nave quedó sometida a un control remoto, hizo que se inclinara a dar por cierta la revelación del anciano.

El comandante le rogó:

—Siga, por favor.

—Por mediación de un adicto a nuestra causa e infiltrado en las filas del Perverso Neten, sabemos que planea la invasión progresiva de vuestro planeta junto con la persona que viaja con vosotros.

"Esta persona adicta, provista de una vestimenta arbórea, prenda muy ambicionada por el Perverso Neten que rabia por descubrir el secreto de su fabricación y que hasta la fecha no ha conseguido, fue la mejor prueba para que depositara en ella su confianza y le encargó la captura de tu tripulación, como la ha llevado a efecto, utilizando lianas controladas de corta dimensión que inyectan a la víctima una droga por la que obedecen telepáticamente los mandatos de quien se la ha suministrado.

—Referente a la captura de mi tripulación, existe un punto inexplicable, que ya se lo pregunté a Luha. ¿Cómo nos dejaron al doctor y a mí libres?

—Sencillamente porque así se lo ordené a nuestro hombre. El doctor nos hará falta para aplicar los antídotos correspondientes a tu tripulación para contrarrestar la droga de dominio. En cuanto a ti, te necesitamos para que nos ayudes, y te beneficies a la vez, en la captura de ese malvado y de quien te ha traicionado.

Walter Hilton quedó un momento meditando, para luego preguntar:

—¿Y no hubiera resultado más sencillo que vuestro hombre me pusiera en antecedentes?

—De no mediar dos dificultades primordiales, en efecto, hubiera resultado lo mejor. Pero, por una parte, estaba estrechamente vigilado y por otra, la de mayor envergadura, se ignora la persona que está en combinación con ese desalmado y todo el plan podía venirse abajo.

Los razonamientos expuestos convencieron al comandante y un temor le asaltó:

—En ese caso, la persona traidora que venía con nosotros, pronto se dará cuenta, si no lo ha hecho ya, de que faltamos el doctor y yo, luego hay que ir inmediatamente a por él.

—Sobre esta cuestión puedes estar tranquilo. Los efectos de la droga en primera dosis tienen bastante duración sin que el antídoto haga efecto, a no ser que se emplee una dosis letal que, en tal caso, llevaría consigo la extinción del ser.

—De todos modos, aquí estará seguro y nos puede resultar de más utilidad.

Por primera vez intervino Luha, que apenas apartaba sus hermosos ojos de Walter:

—Abuelo, si te parece bien, en cuanto regrese el mensajero que mandó el comandante, iremos a por el doctor.

—De acuerdo, Luha. Muy buena idea.

La entrevista todavía se prolongó durante un tiempo, hasta que la dieron por finalizada y se retiraron a descansar.

A hora muy temprana le fue entregado al comandante el

mensaje del doctor Brodie.

Decía así: “Walter, menudo susto me has dado con ese árbol viviente. No podía dar crédito a lo que veía. Aquí me tienes que ya hablo solo. Por ahora, todo sigue igual. No os demoréis mucho. Un abrazo. David”.

Solo terminar de leer la nota, se presentó ante él Luha, más preciosa que nunca. Muy sonriente, le saludó :

—¡Hola, Walter! ¿Te has recuperado?

—¡Hola, Luha! Sí, gracias. ¿Cómo sabes mi nombre?

—Por el mensaje.

—Perdona que no te lo haya dicho. Walter Hilton, tu más ferviente admirador. He de confesarte que me suena a gloria mi nombre en tus labios.

La risa de la joven hizo estremecer al comandante.

—Desde luego, estás muy locuaz a hora tan temprana.

—El caso no es para menos teniendo ante mí tal hermosura.

—Walter..., no empecemos, que te veo venir. Bastantes confusiones has despertado en mí, aunque... en parte me gustan.

—¡Ah...! ¿Si...?

Se acercó más a ella, la rodeó con sus brazos y besó aquellos jugosos labios que se plegaron a la caricia.

Luego fue Luha quien se separó arreglándose nerviosa la túnica, al tiempo que decía:

—Por favor, Walter, no me turbes más de lo que estoy. Si quieres que vayamos a por tu doctor, hay que salir cuanto antes

—De acuerdo, aunque te diré que en estos momentos muy gustoso dejaría al doctor que siguiera hablando solo. En fin..., cuando quieras partiremos.

Hizo un cómico gesto que hizo brotar de nuevo la risa de Luha, que manifestó cuando pudo hablar:

—Pues en marcha. Primero tenemos que equiparnos con las vestimentas arbóreas y llevar una para el doctor. ¿Qué talla tiene?

—Poco más o menos, la misma que yo.

—Pues se lo diré a Luxea para que prepare un equipo en una bolsa del mismo material. Luxea es la jefe responsable de su custodia. Sabemos que estos equipos son muy ambicionados por el Perverso Neten para utilizarlos en su provecho.

—¿Por eso la puerta acorazada?

—Exacto. Todos los vestíbulos están rigurosamente controlados.

Luxea ya les esperaba y cada uno se fue a una de aquellas puertas que se abría sin el menor ruido.

Momentos después, Luha y Walter se reunieron en la plataforma y una vez cubiertos por la campana, iniciaron el descenso.

Abajo les esperaban siete hombres con idéntica indumentaria y todos se introdujeron en la nave submarina.

Luha tomó el mando y efectuaron el recorrido a la inversa.

Durante la travesía, la muchacha le fue explicando pormenores de la nave y lugares por donde pasaban.

Llegaron al desembarcadero que les conducía a los árboles y posteriormente al bosque.

Antes de abandonar el submarino, Luha le advirtió:

—Cúbrete con el casco-careta y mientras estemos por el bosque, si tienes que hablar, lo haces lo más bajito posible, así como hacer el menor ruido posible al andar. Si nos detectan ya sabes lo que puede suceder.

—Tendré presente tus instrucciones.

Sin ninguna dificultad llegaron a las inmediaciones de la Observer, que seguía atrapada en la tupida red de lianas.

Sigilosamente se fueron acercando Walter y Luha, llevando el primero un paquete consigo.

La astronave permanecía cerrada.

El comandante se dirigió a la escotilla de emergencia, la que abrió con facilidad y ambos desaparecieron en el interior de la astronave.

Silenciosos, se encaminaron hacia el alojamiento que ocupaba el doctor. Este estaba vacío.

Por señas le indicó a Luha que le siguiera a cierta distancia por si se encontraba con algún intruso o algo desagradable.

Ahora se fueron a la cabina de mando, con idéntico resultado.

Le faltaba un lugar por investigar y de no estar allí, lo más seguro es que le hubieran capturado como a los demás y por lo tanto sus esfuerzos resultarían baldíos.

Con cuidado abrió el acceso al laboratorio y le vio inclinado sobre la mesa de trabajo.

Le hizo una seña a Luha para que se acercara y luego le señaló al doctor.

La cogió del guantelete que cubría su mano y de este modo fueron avanzando hacia la espalda de David.

Este, absorto en lo que estaba haciendo, ni se apercibió de aquella espontánea concurrencia.

Sin dejar de mirar por el binocular del microscopio, con la mano tanteó para alcanzar un portaobjetos que estaba sobre la mesa, seguramente para constatar con lo que tenía fijado en el amplio campo visual.

Como no acertaba a cogerlo, Walter se lo dio en la mano, con gran regocijo de Luha.

El doctor, con la mayor naturalidad, manifestó:

—Gracias.

A lo que correspondió Walter de igual modo:

—No hay de qué.

Pasaron unos segundos en que todo seguía igual y en los que Luha estuvo a punto de escapársele la carcajada.

Luego David fue levantando lentamente la cabeza mirando a su derecha y el asombro fue reflejándose en sus ojos al contemplar a su lado un tronco de árbol.

Entonces Walter le tocó en el hombro izquierdo y se volvió comprobando estupefacto que también había otro tronco, aunque de

dimensiones más reducidas.

—¡Eh...! ¿Qué es esto...?

El comandante, enseñándole su mano sarmentosa y con la voz hueca, manifestó:

—Que ha llegado tu hora de arborización.

David Brodie, con una agilidad insospechada, dio un salto en su asiento y un paso hacia atrás empuñando en su diestra un arma, diciendo:

—No será sin que antes os haya efectuado unos agujeros, par de alcornoques.

Walter ya no pudo contenerse y rompió a reír siendo secundado por Luha.

El desconcierto fue enorme en el doctor al reconocer la risa inconfundible del comandante, por la que, entre airado y esperanzado, preguntó:

—¿Se puede saber qué demonios ocurre aquí? Os advierto que mi paciencia se está agotando.

Walter, sin dejar de reír, se desprendió del casco- careta y al verle, la fisonomía del doctor cambió por completo, exclamando:

—¡Tú...! ¿Pero qué tripa se te ha roto para venir con esa facha, cacho de...?

—¡Cuidado...! Refrena tu léxico que hay presente una dama.

—¿Dónde? Yo sólo veo otro leño como tú.

Entonces Luha se quitó la parte que cubría su cabeza y cara.

David, al contemplar sus facciones tan bellas, así como la cascada de oro de sus cabellos, no pudo por menos que manifestar entusiasmo:

—¡Cielo santo...! ¿De dónde has sacado esta imagen sin terminar de tallar?

—Aunque parezca mentira, doctor, está terminada y en consonancia con la hermosura de su rostro. De eso puedo dar fe. Te presento a Luha.

David se acercó a ella con la mano extendida y al contacto con aquellos sarmentosos y fuertes dedos, puesto que la mano llevaba un juego de palancas que la convertían en garra poderosa, manifestó cierta repulsión y dolor por aquel apretón desusado.

Como pudo, se libró de aquella garra y frotándose la mano dañada, manifestó:

—Tanto gusto por el rostro y disgusto por lo demás.

—¿Qué demás?

—El apretón y lo que no se ve —contestó sin pensarlo dos veces el doctor.

El comandante, le reconvino:

—David..., no seas bruto...

Los tres rieron las ocurrencias y el susto que hicieron pasar al doctor.

Luego el comandante le fue explicando lo acontecido y el porqué de ir a por él, circunstancia que a David le vino a las mil maravillas.

CAPITULO XI

Al pasar por el lago donde estaba instalado el Perverso Neten, Walter le preguntó a Luha:

—¿Existe algún lugar seguro donde emerger?

—Sí. ¿Por qué lo dices?

—Pues vamos arriba. Quisiera dar un vistazo.

Fueron subiendo y atracaron en un lugar frondoso, donde el submarino permanecía oculto.

Ante ellos había una isla de grandes proporciones, con edificios y demás instalaciones.

Presentaba una particularidad, que estaba unida al bosque por una pasarela de entrelazadas lianas.

Constituía el único acceso y estaba fuertemente vigilado.

El comandante comprendió que desde aquel lugar apartado poco podía aclarar, por lo que manifestó a Luha:

—Tendré que ir a la isla para averiguar dónde están mis hombres y Laurie.

—¿Quién es Laurie? —inquirió interesada Luha.

—La bióloga que venía con nosotros.

La muchacha hizo un gesto de desagrado. Estaba claro que no le sentó muy bien la noticia, pero reponiéndose volvió al tema principal:

—Resultará peligroso con esta claridad. Pueden descubrirnos.

—Necesito saber de mis hombres.

Ante su insistencia, Luha le indicó:

—Si es por eso, puede haber una solución inmediata.

—¿Cuál?

—Llamar a Nepulo.

—¿Quién es?

—El que por mandato del Perverso Neten apresó a tu tripulación. Nuestro hombre de confianza.

—Bien, pues llámalo.

—Ven conmigo.

Desembarcaron y se dirigieron a un determinado lugar del bosque.

Luha, en voz muy baja, le indicó:

—Espérame aquí.

Ella dio unos pasos y se situó en medio de dos árboles. Hizo unas señas con los brazos y al poco rato en la isla se vio un destello.

La joven se reunió con el comandante, diciendo:

—Dentro de poco estará aquí.

En silencio y sin moverse, permanecieron a la espera. A simple vista era difícil averiguar que aquellos simulados troncos albergaban a dos personas.

Por fin apareció un tercer tronco que detuvo su avance al descubrirles.

Luha le hizo una seña y se aproximó, manifestándole:

—Nepulo, el que me acompaña es el comandante de la Observer. Quiere saber cómo está su tripulación.

—Perfectamente, todos bien, salvo que todavía están bajo los efectos de la droga.

Walter preguntó:

—¿Se ha descubierto quién es el que nos ha traicionado?

El llamado Nepulo tardó un poco en contestar y esto fue muy significativo para el comandante.

Al fin, dijo:

—Pues... como están todavía bajo los efectos de la droga, no pueden actuar por voluntad propia.

—¿La mujer está con ellos?

Una nueva pausa y una contestación que a Walter se le antojó titubeante.

—Sí, sí..., con ellos está.

El comandante instintivamente se puso en guardia y no cesaba de mirar a su alrededor.

No muy lejos de donde estaban ellos, le pareció ver algo que se movía.

Con toda intención, le preguntó:

—¿Podrías llevarme junto a mis hombres?

La contestación fue rápida y rotunda:

—Sí.

La misma Luha se extrañó de tal afirmación diciendo:

—A plena luz es demasiado expuesto y lo más seguro es que os capturen.

—Conozco una senda por la que sería difícil encontrarnos con alguien.

A Walter ya no le quedó la menor duda de que aquello constituía una celada para apresarlos, puesto que volvió a ver movimiento y claramente cómo se ocultaban dos hombres.

Ante esta evidencia, se sacó el arma que siempre llevaba consigo y la presionó en el costado de aquel individuo, manifestándole con un tono lleno de firmeza:

—Al menor grito o señal que hagas, será tu último acto en tu existencia.

—¿Pero...?

—¡Silencio!

Inesperadamente, le cogió de la barbilla y tiró de la careta hacia arriba, quedando al descubierto sus facciones.

Preguntó a la muchacha, sorprendida por la actitud del comandante y luego por lo que vio:

—¿Es este Nepulo?

—¡Oh, no...! —exclamó altamente confundida.

—Luha, vete todo lo aprisa que puedas al sumergible y con los hombres que puedas disponer, rodead el macizo de arbustos que cae a nuestra derecha para atrapar a los que allí están. Mientras, yo me ocuparé de este sujeto.

La joven se fue lo más rápidamente posible, mientras él conminaba al que tenía apuntando.

—Tú y yo aquí quietecitos, como si estuviéramos charlando amigablemente. Y por hablar de algo, ¿cuántos hombres tienes apostados?

Un silencio absoluto por parte del interrogado.

—Bien, no eres muy locuaz que digamos. De todos modos ya he visto, por lo menos a tres. Actúan con muy poco disimulo. No tardaremos en saber cuántos componen la partida.

El prisionero, quizá infundido por el propio terror de verse descubierto, sacó fuerzas de flaqueza y propinó un golpe al comandante con la intención de desarmarle.

Pero Walter estaba prevenido ante cualquier eventualidad y le replicó con otro que le dejó sin sentido.

Tuvo que sostenerle para que no cayera al suelo y llamara la atención de sus compinches.

Mas éstos, seguramente por notar algo anormal o que se prolongaba demasiado la entrevista, se fueron acercando peligrosamente a donde estaba el comandante y su inconsciente prisionero.

Walter no perdía de vista sus movimientos y sabía que como no llegara pronto Luha con los suyos su situación sería comprometida.

Le sacó de sus pensamientos un ligero ruido que percibió a su espalda. Se volvió en redondo.

Un hombre con uniforme oscuro, de pies a cabeza, se le venía encima pretendiendo sorprenderle.

El comandante dejó de sostener al prisionero que se desplomó pesadamente y se hizo a un lado para evitar el choque con aquel que lanzado se le venía encima.

No tuvo más que levantar un poco la pierna para zancadillearle y hacerle caer de bruces. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, le propinó un golpe dejándole inerte.

Tal como temió, aquello sirvió para que los demás fueran a un ataque abierto y Walter vio que cuatro individuos más, vestidos como el que pretendió pillarle por la espalda, se le venían encima.

El arma que momentos antes empuñaba el comandante, vomitó una lengua de fuego y uno de los cuatro, se llevó la mano al brazo del que comenzó a brotar sangre.

Los otros tres se detuvieron ante tal contingencia, por sus miradas comprendió que alguien se le acercaba por detrás.

Se volvió, y, en efecto, dos individuos se encontraban ya a corta distancia de él.

No lo dudó un momento, disparó y el más próximo se detuvo en seco en su carrera, pero no el otro que se le vino encima.

La indumentaria que llevaba el comandante, le impedía una total libertad de movimientos y por eso no tuvo tiempo de esquivarle.

Al verle derribado, los otros cuatro se abalanzaron hacia él.

Pero sucedió un hecho curioso.

Uno de ellos, el más fuerte, separó al que había caído sobre Walter, como si se tratara de una paja y le ayudó a levantarse, diciéndole:

—Animo quien seas. Estoy de tu parte.

Y unió la acción a sus palabras, arremetiendo contra los que hasta entonces eran sus compañeros.

Walter no se quedó atrás y en corta y rápida lucha, los cuatro que estaban aptos, yacían en el suelo sin sentido.

Momentos después llegó Luha acompañada de los suyos, incluyendo al doctor que no quiso quedarse de ninguna de las maneras, aduciendo que podría hacer falta.

Los hombres de Luha se hicieron cargo de los que yacían en el

suelo, de los heridos y también quisieron hacer lo mismo con aquel que había salido en defensa del comandante, pero éste intervino:

—No creo que sea necesario. Se ha puesto de mi parte. Vayamos todos al sumergible.

El que se puso de parte del comandante, expuso:

—Señor, si me permite, yo les guiaré para sortear los puntos de vigía. Conozco bien sus emplazamientos.

—De acuerdo.

Le indicaron dónde estaba el submarino y aquel hombretón se puso al frente de ellos.

Durante el trayecto, de vez en cuando, daban un rodeo para luego seguir recto.

Resultaba curiosa aquella comitiva en que los hombres vestidos de oscuro andaban rodeados por troncos que también se movían a su compás.

Sin contratiempo llegaron a la nave, que una vez todos a bordo, se sumergió en las profundidades de aquel lago.

Los heridos fueron atendidos por el doctor y los prisioneros colocados a buen recaudo, especialmente el que se hizo pasar por Nepulo.

Ya una vez seguros de que no serían detenidos, comenzó el interrogatorio con el falso Nepulo, estando presentes el comandante, Luha, el doctor, un oficial y el que combatió al lado de Walter.

Preguntó Luha:

—¿Qué ha sido de Nepulo?

—No lo sé.

—Sí que lo sabe. El mismo ha sido su delator —intervino el que colaboró con el comandante.

—¡Cállate, Netal! De lo contrario te costará más cara tu traición —saltó petulante el falso Nepulo.

Walter tomó la palabra:

—Me da la impresión que no te das cuenta de la situación en

que te hallas. Tu posición es la de obedecer y no ordenar, por lo tanto límitate a contestar cuanto se te pregunte. ¿En qué lugar están confinados los hombres de la astronave terrestre?

El interrogado guardó silencio, por lo que Walter se dirigió al llamado Netal:

—¿Podrías aclararlo tú?

—Con mucho gusto. Toda la información que él quiera silenciar, se la puedo dar yo. Tanto Nexo, como yo, somos oficiales del denominado Perverso Neten, con la diferencia de que Nexo comparte las doctrinas de ese Neten y yo las combato, tratando de mitigar los sufrimientos de mi pueblo.

Los ojos de Nexo despedían destellos de odio hacia Netal, quien prosiguió:

—Conozco a Nepulo, ambos habíamos emprendido la guerra sorda contra los procedimientos de Neten y sus seguidores. Pero de eso, ya os confirmará el propio Nepulo si... lo encontramos con vida. Nexo se propuso hundirle por envidia, por las simpatías que gozaba y la estima en que se le tenía, rodeándole de espías de su misma ralea hasta que descubrió el modo de comunicarse con vosotros.

Nexo no pudo contenerse y con rabia rugió:

—¡Traidor...!

Netal ni le hizo caso, prosiguiendo:

—Al enterarme quise advertir a Nepulo, pero era ya demasiado tarde. Le habían detenido, drogado y confinado con la tripulación terrestre. Y estoy seguro de que yo hubiera corrido la misma suerte de haber sabido que cooperaba con Nepulo.

—No dudes que así hubiera sido, ¡comadreja...! —confirmó Nexo.

Con el mayor desprecio, como si no le hubiera oído, siguió Netal:

—Entonces urdió el plan de suplantarle y atrapar a sus contactos e incluso llegar a los dominios del Buen

Neten. Por eso le pedí que me incluyera en la misión con la finalidad de desbaratar sus planes.

La reacción de Nexo fue violenta intentando golpear a Netal, pero sus guardianes pronto le redujeron a la impotencia.

En vista de lo cual, el comandante ordenó:

—Llévaoelo y no dejéis de vigilarle.

CAPITULO XII

Ya con más tranquilidad, sin la presencia de aquel energúmeno, prosiguió la amplia y detallada información de Netal.

—Nepulo estuvo a punto de conducir a los tripulantes terrestres a los dominios del Buen Neten y desenmascarar al traidor, pero al enterarse posteriormente de los planes del Perverso Neten, no lo hizo.

—¿Y qué planes son éstos?

—El Perverso Neten, en secreto ha pasado temporadas en el planeta Tierra y durante ese tiempo seguramente estableció relaciones con el traidor que iba con vosotros, el que colocó el controlador a bordo.

Walter escuchaba con interés las revelaciones de Netal, más que nada por si descubría alguna falsedad, alguna inverosimilitud por la que pudiera deducir que su posición era engañosa.

Pero su rostro demostraba nobleza y sus palabras estaban presididas por la sinceridad hasta el momento presente.

Netal continuó en su informe:

—Pues bien, el Perverso Neten ha acondicionado una nave espacial con las mismas características que la vuestra e incluso en ella campea el nombre Observer con los guarismos correspondientes.

—¿Con qué finalidad ha hecho eso? —inquirió Luha.

—Muy sencillo, con la de no despertar sospechas durante el trayecto y principalmente a su entrada en la atmósfera terrestre y por si fuera poco, piensa utilizar como tripulación la que tiene en su poder y, naturalmente controlada por la droga.

—¡Ya...! Entiendo. ¿Su objetivo? —preguntó Walter, aunque sospechaba la contestación que iba a darle.

—Nuestro planeta ha quedado pequeño para su ambición desmedida y la Tierra es un lugar pródigo en recursos y, según tengo entendido, ya tiene el lugar por donde empezará su invasión.

Luha se estremeció e impetuosa manifestó:

—No lo permitas de ninguna de las maneras, Walter. Por experiencia sabemos que os acarrearía el caos, la ruina de vuestro pueblo.

El comandante posó la mano sobre la de ella dándole unos cariñosos golpecitos, al tiempo que le decía.

—Tranquilízate. Puedes estar segura que haremos lo posibles para que esa mente maligna no se salga con la suya, con sus despiadadas intenciones.

Después de estas palabras, se quedó un momento pensativo, para luego preguntar:

—Netal... ¿Podemos llegar adonde están confinados mis hombres?

—No resultará cosa fácil. Están en el interior de la isla y muy vigilados.

—Habrá que correr ese riesgo. ¿Hay bosque en las inmediaciones?

—Sí.

—Entonces, estamos salvados. Luha, ¿se puede contar con suficientes dosis de antídoto para inyectar a la tripulación?

—Sí, tenemos gran cantidad.

—¡Estupendo...! Doctor, me parece que vas a tener trabajo en firme. Así que entérate de todas las particularidades concernientes al antídoto en cuestión.

—De acuerdo, procuraré hacerlo.

—En cuanto lleguemos informaremos al Buen Neten de los planes que bullen en mi mente. Creo que tu abuelo nos dará la aprobación, Luha.

—No dudo que partiendo de ti, así será. Aunque..., por mi parte, existe un punto oscuro.

—¿Se puede saber?

—El de esa mujer que os acompañaba.

—¡Bah...! No tiene la menor importancia. Casi estoy seguro que ni está entre la tripulación.

El doctor Brodie le miró extrañado y no pudo contenerse de preguntar:

—¿Que Laurie no está con ellos...?

—Claro que no. El que mejor nos puede informar es Netal. ¿Hay una mujer con mis hombres?

—No, ninguna.

—¿Y dónde puede estar?

—Eso... Cuando la encontremos ya lo sabrás. Aunque no creo equivocarme.

—Pero hombre, anticipame algo.

—No quiero aventurarme porque serías el primero en tacharme de loco. Por ti mismo lo sabrás.

Aquella noche, en el lado opuesto a las edificaciones principales de la isla, una masa oscura emergió de las aguas tranquilas del lago.

Una pasarela se extendió hasta la orilla y durante un rato unas sombras la estuvieron cruzando perdiéndose en el bosque inmediato.

En fila india se internaron entre la arboleda. Aquellas sombras no eran de figuras humanas, eran troncos andantes.

Las tres primeras destacaban por su altura y perímetro y entre ellas una más reducida.

Correspondían a Netal, que les servía de guía, al comandante Walter Hilton, a Luha, al doctor David Brodie y las que seguían a hombres adictos a la causa del Buen Neten.

Tuvieron que caminar mucho y en ocasiones dar rodeos para evitar el pasar cerca de los detectores.

La marcha se hizo más lenta a medida que se acercaban a una zona en que había un edificio en forma circular y profusamente iluminado.

Pero en vez de dirigirse allí, la comitiva pasó de largo, deteniéndose al fin a pocos metros de una curva cerrada de la autopista que pasaba por allí.

Entre ellos reinó una gran actividad. Se desprendieron de las vestimentas arbóreas y comenzaron a definirse figuras humanas, de oscuro de pies a cabeza, salvo una que destacaba por la claridad de su traje.

Esta era Luha, que vestía una túnica blanca para mostrar con todo su esplendor su figura y belleza.

Uno de los hombres se subió al árbol más alto de los que allí habían, con la misión de dar una señal en cuanto divisara las luces de un vehículo que se fuera acercando.

Todos permanecían en el más absoluto de los silencios.

El éxito o el fracaso de la misión que pretendían llevar a efecto, dependía de aquel momento.

Por eso los nervios estaban tensos y cada segundo que pasaba, se les antojaba una hora.

Al fin sonó la tan deseada señal.

Inmediatamente Netal, cogiendo de la mano a Luha, saltaron al medio de la autopista.

Por lo cerrada que era la curva, todos los vehículos se veían obligados a moderar al máximo su velocidad.

En la oscuridad de la noche ya se divisaba el resplandor de los faros, que nada más salir de la curva, dieron de lleno a Netal y a la

hermosa Luha.

Ambos mostraban síntomas de embriaguez. El primero con el uniforme desabrochado, sosteniéndose a duras penas en Luha la que también iba despeinada y dando tumbos.

Netal hizo señas para que parara el vehículo que fue frenando hasta quedar a su altura.

Una voz, desde dentro, exclamó:

—¡Vaya, Netal...! ¿De dónde has sacado esa maravilla?

Otro, dijo:

—Ya me la pasarás cuando te canses.

Un tercero, en tono jocoso advirtió:

—¡Cuidado! A ver si aciertas de una con la portezuela, no te vayas a romper las narices...

Todos estaban riendo y pendientes de los traspiés de la pareja que estaba al lado del vehículo pretendiendo acercarse con movimientos torpes y pasos vacilantes, suscitando más las risotadas de los ocupantes del vehículo que transportaba el relevo de la guardia.

Esto permitió que unas sombras, sin ser vistas, invadieran la autopista por la parte opuesta a donde estaba la pareja y quedaron sorprendidos al verse rodeados y encañonados.

Por arte de magia, a Netal y a su compañera les pasó la embriaguez, empuñando el hombre también un arma.

La voz del comandante Walter Hilton, sonó recia y amenazadora:

—Se os ruega que abandonéis el vehículo uno por uno y con las manos en alto. Os prometo no causaros ningún daño si obedecéis a lo que os digo. Aparte de los que estamos aquí, en el bosque hay otros tantos y a la menor imprudencia quedaréis barridos.

Como es natural, las risotadas pararon en seco y dócilmente fueron bajando y desarmados, para luego reunirlos en el bosque y maniatarlos.

Walter les volvió a hablar:

—Perdonad que os cause esta pequeña molestia. Si os portáis

bien, dentro de poco regresaremos y podréis estar con más comodidad.

Se quedaron unos hombres custodiando a los prisioneros y el resto ocupó el vehículo llevando consigo el armamento aprehendido y el uniforme idéntico a los de la auténtica guardia.

—Ya de camino, Walter atrajo cariñosamente a Luha, que estaba sentada a su lado y le manifestó:

—Te felicito, querida, por tu valentía y dotes de actriz. Hasta hubo un momento que dudé si tu embriaguez era fingida.

La muchacha rió y los demás también.

—Tampoco hay que olvidar a Netal. Ha sido nuestro mejor introductor.

—Gracias a tu idea, comandante.

—No creas, gracias a tus informes de que solían darse estos casos de libertinaje, es por lo que me sugeriste esta pantomima.

—Bueno, lo cierto es que el primer paso ya está dado y esperemos que los sucesivos salgan como éste —manifestó el doctor.

Pronto los comentarios se extinguieron por hallarse a la vista del edificio circular y aproximarse a la única puerta que existía.

Al llegar allí el vehículo se detuvo.

Bajó Netal, correctamente uniformado, y fue a colocarse ante un cuadro opaco que se hallaba situado en medio de la puerta.

Presionó un botón y acto seguido, anunció:

—Oficial Netal con el relevo de la guardia.

Pasaron unos momentos de tensión y luego una voz que sonó en un amplificador:

—Conforme. Dejo paso libre.

Netal dio media vuelta y fue a ocupar el asiento delantero y junto a él, en esta ocasión, estaba Luha.

Esto era debido a que a la oficialidad se le permitía ir acompañado de su chica de turno que en ocasiones iba por propia voluntad y en la mayoría de los casos a la fuerza.

La puerta fue izada a modo de guillotina y el vehículo penetró hacia el interior del edificio.

Cuando paró, luego de cruzar dos puertas más de seguridad, en lo que debía de constituir el cuerpo de guardia, Netal se apeó con toda naturalidad y acompañado de la joven.

El oficial que le esperaba, no pudo contenerse de decir:

—Con esta compañía sería capaz de montar una guardia interminable.

—Pues lo siento, pero es intransferible.

Mientras, el comandante, el doctor y los demás desalojaron el vehículo, pero en vez de formar correctamente, rodearon a la guardia saliente apuntándoles con sus armas.

Al darse cuenta de ello el oficial que iba a relevar, exclamó:

—¡Eh...! ¿Qué hacen esos locos?

Y al volverse hacia Netal se encontró con que éste también le estaba encañonando.

—Lo siento, pero date preso.

—Pero... ¿qué he hecho? ¿De qué se me acusa...?

Fue Walter quien le contestó:

—No has hecho ni se te acusa de nada. Simplemente que nos hacemos cargo de la guarnición y los prisioneros que están bajo custodia.

El oficial, sin salir de su asombro, entregó el arma y sus hombres hicieron otro tanto ante el ejemplo de su superior y sin ofrecer la menor resistencia.

Después fueron conducidos a un recinto donde fueron confinados.

Posteriormente, sin demora, se encaminaron hacia donde estaban los miembros de su tripulación.

Todavía no se habían acostado y en cuanto hicieron acto de presencia el comandante, el doctor, Luha y Netal, los recibieron con la mayor indiferencia.

Walter se aproximó sonriente y esperanzador a Charles, pero éste ni siquiera le reconoció.

—¿Pero es posible que no te acuerdes de mí, Charles? Soy Walter...

Luha intervino para aclararle:

—Es inútil, Walter. Mientras estén bajo los efectos de la droga, olvidan el pasado.

—Perdona, no me acordaba de esto. David, por favor, empieza por Charles y sigue con los demás.

—En seguida.

El doctor hizo los preparativos y allí mismo comenzó las punciones inyectando el antídoto.

Tendrían que esperar a que pasara hasta media hora para que surtiera sus efectos.

Mientras, el comandante, con Luha y Netal, guiados en todo momento por este último, se encaminaron hacia el pabellón donde estaban instaladas las celdas especiales.

En una de ellas, sujeto por argollas en pies y manos, con la cabeza caída sobre el pecho desnudo que presentaba huellas de despiadados latigazos, había un cuerpo joven y robusto respirando fatigosamente.

Luha se llevó una mano a la boca para ahogar un grito de horror y unas lágrimas brotaron de sus bonitos ojos.

Luego, musitó:

—¡Pobre Nepulo...!

Le libertaron de las argollas y entre Walter y Netal, se lo llevaron a presencia del doctor para que le atendiera debidamente.

El primero en liberarse de los efectos de la droga, fue Charles, quien mirando a su alrededor, como despertando de un sueño, preguntó:

—¿Dónde estamos? ¡Walter...! ¿Y Laurie? ¡Me ha besado, me ha besado...!

—Bueno, hombre. No hay para tanto. ¿Qué ha sucedido?

Entonces Charles le contó lo que recordaba antes de ser drogado, completando lo sucedido el resto de la tripulación a medida que iban adquiriendo su lucidez normal.

Después Walter les puso en antecedentes de cuanto había pasado y los planes que tenía.

CAPITULO XIII

Los componentes de la guardia de relevo que asaltaron en la autopista, fueron trasladados al edificio prisión junto a los demás.

La actual guarnición estaba compuesta por hombres leales al Buen Neten.

Por el único que se temía era por Nepulo que, al fin, reaccionó en sentido favorable, confirmando que Netal era de confianza y relatando cuanto habían hecho juntos.

También reveló que el pueblo subyugado estaba de parte del Buen Neten, así como la mayoría del ejército, salvo una reducida camarilla que constituían los esbirros del Perverso Neten.

Poco después, un vehículo recorría a toda velocidad la autopista en dirección a la residencia del usurpador.

Nadie prestó atención a la llegada del rutinario relevo de guardia, que una vez dentro del recinto y en el lugar de costumbre, se aparearon.

Pero no se dirigieron a sus aposentos, sino que tomaron posiciones estratégicas.

Tres sombras escalaron un muro que daba a una terraza, para luego pasar al interior de la residencia.

Tomando grandes precauciones, se dirigieron a una estancia no muy lejos de donde habían escalado el muro.

Sin hacer el menor ruido, penetraron en una especie de antesala. Iban a abrir la otra puerta, cuando se detuvieron en seco.

Se oían voces. Una de ellas era de mujer, que decía:

—Eres un verdadero genio, Neten. Te admiro y te adoro.

—Y yo a ti, querida. Todo el Universo será nuestro y tú su reina absoluta.

—¿Y cómo has logrado el dominio de las lianas?

—Ya te he dicho que por puro accidente, que posteriormente he ido perfeccionando. Cada liana lleva en cabeza tres células controladoras que constituyen su cerebro, que responden a los mandatos según la frecuencia de impulsos, que se emiten. Mira, esta palanca roja es para atacar y envolver; esta azul, para actuar en forma de látigo y por último, esta otra verde para retirarlas a su posición normal.

—¡Maravilloso...!

—El llegar a esta perfección, me ha costado muchas horas de trabajo. Mira el plano de la computadora que ejerce el control de las lianas vivientes. Es único y tú eres la primera en verlo. Para mí constituye un preciado tesoro, puesto que es la clave para aprovecharnos de todas las riquezas.

—¡Oh...! Tienes una privilegiada cabeza, Neten. Es magnífico.

Los tres hombres que estaban a la escucha tras la puerta que eran el comandante Walter Hilton, su ayudante Charles Cannon y el leal Netal, no perdían palabra.

Pero Charles estaba altamente intrigado y preguntó muy bajito al comandante:

—Esa voz... ¿No es la de Laurie?

Walter le contestó con energía:

—¡Cállate!

De nuevo se oyeron las voces un poco más lejos y solo Walter pudo escuchar:

—Ya lo tenemos todo preparado. Vamos a tomar un refrigerio y dentro de dos horas partiremos hacia tu planeta. Con la ayuda de la tripulación de ese comandante y el arreglo que he hecho en la astronave, nadie podrá sospechar como si se tratara de una nave extraña. Una vez nos instalemos, pondremos en práctica el plan y nuestros dominios comenzarán a extenderse.

—¿Y qué será del resto de la tripulación?

—¡Bah! A estas horas es probable que ya no existan. Un hombre de confianza se ha encargado de ellos.

—Bien hecho.

—Anda, querida. No podemos perder más tiempo. La nave ya está provista de todo lo necesario. Sólo falta la tripulación y la Tierra será nuestra.

—Sí, querido...

Walter entreabrió un poco la puerta y alcanzó a ver a una mujer de espaldas y cómo un hombre doblaba unos planos para introducirlos en un portafolios que luego cerró con llave.

Luego la pareja se abrazó prodigándose reiteradas caricias rayando en lo obsceno.

Por fin se fueron muy abrazados, dejando la estancia libre.

Nada más desaparecieron, los tres hombres penetraron en aquel lugar.

Netal se dirigió a la puerta por donde habían salido los amantes y permaneció a la escucha.

El comandante, fue directamente al portafolios y haciendo uso de una llave múltiple, que por un mecanismo especial se adaptaba a cualquier cerradura, lo abrió y se apoderó del plano que momentos antes había sido guardado y sustituyó su volumen por unos papeles que le vinieron a mano.

Charles manipuló en la computadora de control, levantando una tapa y adhiriendo un artefacto de reducidas dimensiones y sujeto a control remoto. Posteriormente volvió a dejar la tapa como estaba al principio.

Luego el comandante accionó la palanca verde. Iba a proceder a aflojar la palanca para volverla a su posición primitiva, cuando Netal hizo una seña de que alguien se acercaba.

Con rapidez se fueron a la antesala y Walter dejó una rendija para averiguar lo que pasaba.

El que apareció fue el Perverso Neten que cogió el portafolios y con él en la mano se volvía hacia el lugar por el que había aparecido.

Pero al pasar frente a la computadora de control, se quedó

mirando su tablero de mandos.

El corazón del comandante se encogió. Si se daba cuenta, toda su labor se iría al traste.

Menos mal que la voz femenina sonó un poco lejana, diciendo mimosa:

—¡Querido...! ¿No vienes? Te estoy esperando...

El Perverso Neten acudió presuroso a la llamada, cerrando tras él la puerta.

De los labios de Walter se escapó un suspiro de alivio.

Después los tres hombres abandonaron la antesala y por el mismo camino regresaron al exterior del edificio.

Walter y Charles se ocultaron allí cerca y Netal se fue al pabellón de oficiales.

No transcurrió mucho rato, cuando del pabellón salió un oficial y acto seguido lo hizo Netal, que se llevó la mano a la cabeza como si se rascara.

Era la señal convenida. Aquel oficial iba a recibir órdenes del Perverso Neten.

Al pasar frente a donde estaban agazapados el comandante y su ayudante, ambos se lanzaron encima de él, al tiempo que le tapaban la boca y un oportuno golpe le dejaba sin sentido.

Neten pasó frente a ellos dirigiéndose a la puerta principal de la residencia oficial y desapareciendo en su interior.

No tardó mucho en volver y en silencio se fue al vehículo que les había trasladado.

Casi en el acto aparecieron los mismos que lo ocuparan anteriormente y que permanecieron ocultos para cubrir cualquier eventualidad.

Walter y Charles acudieron con uno más, con el oficial noqueado.

El vehículo se puso en marcha y raudo abandonó aquel recinto.

Ya fuera del mismo, Netal, dijo:

—En efecto, las órdenes dadas es trasladar la tripulación a la astronave.

Walter, en tono jocoso, comentó:

—Pues no hay que hacerle esperar. Iremos a por ella.

Charles, que estaba pensativo, preguntó:

—Oye, Walter... La voz de mujer que hemos escuchado, ¿no es la de Laurie?

—Puede ser —contestó con toda tranquilidad.

—¿Qué tonterías dices? ¡Imposible...!

—Bien, puede que te convenzas por ti mismo.

—Así lo espero, de lo contrario te rompo las narices por semejante calumnia. Se lo tengo que decir al doctor. Concluyó enfadado por las palabras del comandante.

El astródromo no estaba lejos del edificio prisión, por lo que la tripulación no tardó mucho en trasladarse a la nave.

Pero se encontraron con una dificultad. Había un comandante como piloto principal de la nave que se quedó mirando a la tripulación.

Esto les puso en guardia, por lo visto le habían notificado el número exacto y este número excedía en dos hombres y una mujer, que no eran otros que Walter, David y Luha.

El comandante del Perverso Neten, se encaró con Netal:

—Oficial, no puedo admitir esta tripulación. Según las órdenes recibidas...

Netal no esperó más explicaciones. De un empujón lanzó a aquel comandante al interior de la nave, al que en un abrir y cerrar de ojos amordazó y maniató.

Fue tan rápido que muchos de los allí presentes apenas si se enteraron.

Walter, complacido de su actuación, le felicitó una vez más:

—Buen trabajo, Netal.

Y luego, dirigiéndose a sus hombres, les dijo:

—Despojarle de su uniforme y encerrarlo.

El uniforme se lo puso Walter y junto con Charles inició una inspección a la nave.

En sus bodegas había gran profusión de material, entre ellos una computadora de control y muchas cajas con lianas de corta dimensión.

En otro piso un hangar ocupado por un vehículo auxiliar espacial de reducidas dimensiones.

El comandante lo examinó y posteriormente estuvo manipulando en sus mecanismos.

Una vez concluida la inspección a su entera satisfacción, reunió a la tripulación advirtiéndoles:

—No olvidéis de comportaros como si estuvierais bajo los efectos de la droga. De vosotros depende el que coronemos con éxito la operación. Una vez estemos en el espacio, ya es cosa nuestra. Ahora, cada uno a sus puestos.

En la cabina de mando se instaló el comandante y Charles y pacientemente esperaron la llegada de los “ilustres viajeros”.

Un vehículo aéreo tomó tierra junto a la rampa de acceso a la astronave. Del mismo descendieron un hombre y una mujer, él llevando consigo un portafolios.

El oficial Netal saludó, diciendo:

—Sus órdenes cumplidas, señor.

—Gracias, oficial.

Subieron por la rampa y acto seguido la puerta de acceso se cerró.

El comandante recibió la orden de despegue y antes de hacerlo, Netal, desde tierra, les saludó de un modo muy significativo y con una amplia sonrisa de satisfacción.

El despegue se hizo suave y ya habían adquirido cierta altura, cuando una mujer hizo acto de presencia en la cabina de mando.

Apoyó sus manos en los hombros del ayudante, diciendo :

—¡Pobre Charles...! Lástima que estés bajo los efectos de la droga. Me resultas muy simpático y quizá me hubiera enamorado de

ti... Pero eres muy poca cosa para mí, mi ambición va más lejos. Ya lo verás... Te prometo muchas riquezas, muchas... ¡Es una pena que no pueda hacer lo mismo con el engreído Walter...!

Charles se estremeció. Ya no le cabía la menor duda, aquélla era Laurie. Hubiera querido gritar su nombre, zarandearla, incluso descargar en ella su rabia por el descubrimiento. Pero se limitó a cumplir con su papel.

En cambio, Walter esbozó una sonrisa llena de desprecio y se volvió en su asiento para manifestar:

—Gracias por tu magnanimidad, Laurie, mas ten la seguridad que jamás lo admitiría.

Laurie se quedó sin movimiento y una gran palidez apreció en su rostro, para luego volverse colorado. Sólo pudo articular con los ojos desorbitados:

—¿Tú...?

—Sí, yo... Desde el primer momento sospeché que únicamente podías ser tú quien estuviera de acuerdo con ese demente, puesto que, como has dicho, la ambición te ciega y has ido más allá de traicionar a tus compañeros, a pretender convertir tu planeta en un estado caótico como el que aquí impera.

—¡No..., no puede ser...! Tú no eres Walter... Neten me ha dicho...

—Ese loco ignora que sus planes han fallado. La maldad no es buena consejera, produce un exceso de confianza y tarde o temprano se recibe el castigo.

Laurie gritó enloquecida:

—¡No, no es posible...! ¡Neten...! ¡Neten...!

A bordo de la nave se produjo una gran conmoción.

El doctor Brodie salió corriendo de su aposento, seguido por Luha y vieron al comandante sujetando las muñecas de Laurie que lloraba, gritaba y reía a la vez en un ataque de histerismo.

El doctor, acercándose, exclamó:

—¡Laurie...! ¿Es posible...?

No pudo continuar porque una voz desagradable sonó en

aquellos momentos:

—¡Deja a esa mujer, comandante!

Vieron que el Perverso Neten tenía apresada a Luha y le apuntaba al costado con un arma.

—Tu audacia ha llegado muy lejos, pero tu inteligencia es mediocre. Te cambio a Laurie por la vida de esta bonita chica a la que mantendré como rehén hasta que nos hayamos ido. ¡Laurie, ven a mi lado!

La aludida, furiosamente se soltó de las manos del comandante que la dejó ir y el Perverso Neten, utilizando a Luha como escudo, fue retrocediendo, seguido por el comandante y el doctor.

Al pasar frente al alojamiento que la pareja ocupó en tan corto plazo, el Perverso Neten, dijo:

—Laurie, coge la cartera.

Cuando reapareció con ella en la mano, fueron caminando hasta el hangar.

El resto de la tripulación libre estaba presente, pero Walter les advirtió:

—Que nadie haga nada.

Una vez allí hizo subir a Laurie con la cartera y él se quedó en la puerta parapetado tras Luha.

Walter todavía tuvo la nobleza de anunciarles:

—Es una locura lo que quieres hacer. El sistema directriz ha sido anulado y os perderéis en el infinito.

Laurie saltó impetuosa:

—¡No le hagas caso! Es muy astuto.

—Claro que no, querida. ¡Hasta nunca, comandante! ¡Las lianas se encargarán de vosotros! ¡Ja, ja, ja...!

A tiempo que soltaba las carcajadas odiosas, dio un empujón a Luha, que de no ser por Walter que la recogió, hubiera caído al suelo.

Acto seguido una compuerta se abrió y el vehículo fue catapultado al exterior, perdiéndose en el infinito.

Todos quedaron callados y fue el doctor Brodie quien preguntó momentos después:

—¿Qué te hizo sospechar que Laurie era quien nos había tracionado?

—Cuestión de lógica. Si el Perverso Neten estuvo en nuestro planeta y es un experto en biología, con la única que pudo establecer relación era con su colega Laurie.

Napulo y Netal se encargaron de restablecer el orden, deteniendo a los más directos colaboradores del Perverso Neten.

La auténtica Observer la hallaron libre de lianas, gracias a la palanca que accionó el comandante.

Todo el pueblo gozaba de un gran contento y por doquier aclamaban al Buen Neten que les devolvía la paz y tranquilidad, sin olvidar la gesta del comandante y su tripulación, cuyos hechos corrieron como reguero de pólvora.

Los planos y aquellas máquinas infernales fueron destruidos y el Buen Neten no cabía en sí por ver a su pueblo dichoso.

—Comandante, ¿qué podría testimoniar en ti que constituyera mi gran agradecimiento?

—Me basta con que me otorgues a tu nieta. Es el mayor tesoro que puedes concederme.

—No es potestad mía, sino de ella. ¿Tú le quieres, Luha?

—Sí, abuelo.

—Pues benditos seáis con vuestro cariño.

Ambos unieron emocionados sus labios, ante la aclamación de toda la tripulación que se hallaba presente en la recepción especial dada por el Buen Neten.

F I N

la conquista del **ESPACIO**



Una
ventana
abierta al futuro
gracias al talento
de unos autores
de excepcio-
nal calidad

LA MEJOR COLECCION POPULAR DE
"CIENCIA-FICCION"

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.